

ISABEL PELLEJERO USÓN • EDUARD MUSULÉN PALET

BARCINO PAN Y VINO



el
LOKAL

ISABEL PELLEJERO UsÓN • EDUARD MUSULÉN PALET

BARCINO PAN Y VINO

*Este libro es un regalo para el Lokal en su 32 aniversario,
para que siga siendo útil en las luchas por la justicia y la libertad.*

Barcelona, septiembre 2019

Licencia:



Esta obra está bajo licencia de reconocimiento -
No comercial- sin obra derivada 3.0 de Creative Commons

Edición: Associació Cultural el Raval "El Lokal"

C/ de la Cera, 1 Bis. 08001 Barcelona

ellokal@ellokal.org

www.ellokal.org



Depósito legal: B 22975-2019

ISBN: 978-84-120257-3-6

Impresión: Estugraf impresores S.L. C/ Pino, 5. 28350 Ciempozuelos, Madrid

Sobre la situación del arco mediterráneo en el año 96

Tras los excesos del despotismo delirante de Nerón y el año convulso de los cuatro emperadores, al borde de la guerra civil, la toma del poder de la familia Flavia tiene como objetivo principal poner en orden las finanzas del Imperio. El final del siglo primero lo protagoniza la *Pax Romana*, es la época de la dinastía Flavia.

Los Flavios se iniciaron como prestamistas en Helvecia y durante el periodo de su reinado demostraron diligencia extraordinaria en asuntos económicos. La dinastía familiar de césares de la familia Flavia la componen tres emperadores: primero Vespasiano y posteriormente sus dos hijos Tito y Domiciano. El Senado proclamó oficialmente emperador a Domiciano el 14 de octubre del 81. Desde entonces y hasta el año 96 en el que se desarrolla nuestro relato, venía ejerciendo su reinado.

De forma generalista, se puede considerar que las clases sociales más favorecidas en el alto Imperio son los patricios, familias de la alta aristocracia, descendientes de las curias primitivas. Mientras que plebeyos nobles y plebeyos caballeros, al margen de la ausencia de linajes sanguíneos, habían ido consolidando derechos políticos en los órdenes senatoriales y ecuestres, participando activamente en el ejercicio de diversas magistraturas y mandos del ejército.

Por otra parte los plebeyos clientes, los libertos y los esclavos, conforman el sustrato de la producción, el comercio menor y la mano de obra. Entre los plebeyos clientes están incluso los pobres de solemnidad,

proletarii, que como su propio nombre indica no tienen otra virtud que producir prole para engrosar las filas del Imperio.

La capacidad de enriquecerse o empobrecerse en la sociedad romana de Barcino estaría condicionada en gran medida por esta estructura social. Aunque son las parcelas de poder y el clientelismo las que determinarán esa tesitura. Los altibajos de la economía imperial afectaban de forma directa a las provincias. Barcino era principalmente un puerto dedicado a la producción y el comercio del vino. Las tierras eran propiedad de familias pudientes y estaban distribuidas en grandes latifundios. El Imperio se rige por la plutocracia. Sin embargo, estos terratenientes apenas sí tienen presencia en la vida social de nuestra ciudad, y en su condición de patronos dejaban la gestión de sus tierras y negocios a sus libertos de confianza. Mientras, ellos ejercían magistraturas, cargos políticos o militares en la capital del Imperio o donde estuvieran destinados.

El establecimiento de un protocolo clientelar hace que los aristócratas y los plebeyos más pobres se coloquen bajo la protección de los poderosos, que interceden por ellos en los conflictos con otros aristócratas y ciudadanos. La relación patrono-cliente está instaurada en el ejército (entre soldados y altos mandos) igual que entre fundadores y colonos, o conquistadores y conquistados; con obligaciones mutuas por ambas partes. Los libertos también pasaban a ser clientes de sus anteriores amos, que se convierten en sus patronos.

En la sociedad de Barcino destaca un granado grupo de libertos, enriquecidos a expensas de la confianza de sus patronos y de la gestión de sus asuntos. Algunos de ellos, previo pago, habían consolidado la máxima promoción social a que podían aspirar, el *Sevirato Augustal*. Esta institución municipal, como su propio nombre indica, estaba compuesta por un máximo de seis (*sevirato*) y combinaba labores municipales y religiosas de segundo orden.

La *salutatio* matutina entre clientes y patronos era la formalidad diaria por la que el cliente visitaba a primera hora al patrón, y le exponían sus problemas, sus quejas y peticiones. Tener muchos clientes era señal de prestigio, además de suponer su voto a favor en cuestiones públicas. A cambio, recibían la *sportula*, una cesta de mimbre con alimentos y regalos en forma de dádiva: sal, trigo, dispendio monetario o algún otro donativo.

Dependiendo del número de clientes, la *salutatio* podía prolongarse mucho hasta la hora *secunda* o *tertia* (más o menos de 8h a 10h). Y por muy molesto que resultara para el patrón mantener este ritual cotidiano, desatender las quejas y peticiones de sus clientes, o no responder a su saludo, constituía una pérdida de reputación.

El Vino Falerno de la Campania, del sur de la península itálica, era el más caro y apreciado en el Imperio; todavía más el que se dejaba envejecer en ánforas entre quince y veinte años. A decir de Plinio el viejo, era el único vino que prendía al acercarle una llama.

Diecisiete años antes, la erupción del Vesubio del año 79 había destruido la infraestructura de la industria vinícola de Campania y las reservas de vino Falerno. Los viñedos de toda la región quedaron arrasados; las bodegas que almacenaban las cosechas anteriores, devastadas. El daño en los puertos exportadores dificultaba, más si cabe, la dramática situación. Las existencias de vino que consiguieron salvarse sufrieron una exorbitante subida de precio. La escasez del vino Falerno resultaba exasperante para las clases aristocráticas, quedando solo al alcance de los más ricos. La falta de vino acarrió la subida del precio y provocó la avaricia oportunista. Los romanos, se dedicaron a plantar viñedos a efectos de enriquecerse, incluso arrancando campos de cereal para disponer de más terreno. Barcino fue paradigma al respecto, y aunque estos esfuerzos ayudaron a corregir rápidamente la escasez, el subsiguiente excedente de vino también tuvo consecuencias negativas.

El exceso de vino provocó una bajada de precios que perjudicó los ingresos de productores y comerciantes. Los campos de cereales eliminados contribuyeron a una merma de trigo entre la población. En el año 92 el emperador Domiciano promulgó un edicto que prohibía la plantación de nuevos viñedos en Roma y ordenaba arrancar la mitad de los viñedos de provincias. Este decreto del príncipe, es el leitmotiv de los sucesos que acontecen en nuestro relato.

El espíritu práctico de Domiciano se dejaba notar en la observación de que aquellos viñedos que produjeran los vinos de peor calidad debían ser los primeros en ser eliminados. El objetivo era proteger el comercio de los vinos itálicos que ya se había recuperado y mantener las reservas de trigo en las provincias. En principio el edicto fue ignorado en Barcino, pero con

el ojo puesto en las reformas de Domiciano para garantizar el sistema de abastecimiento de la población.

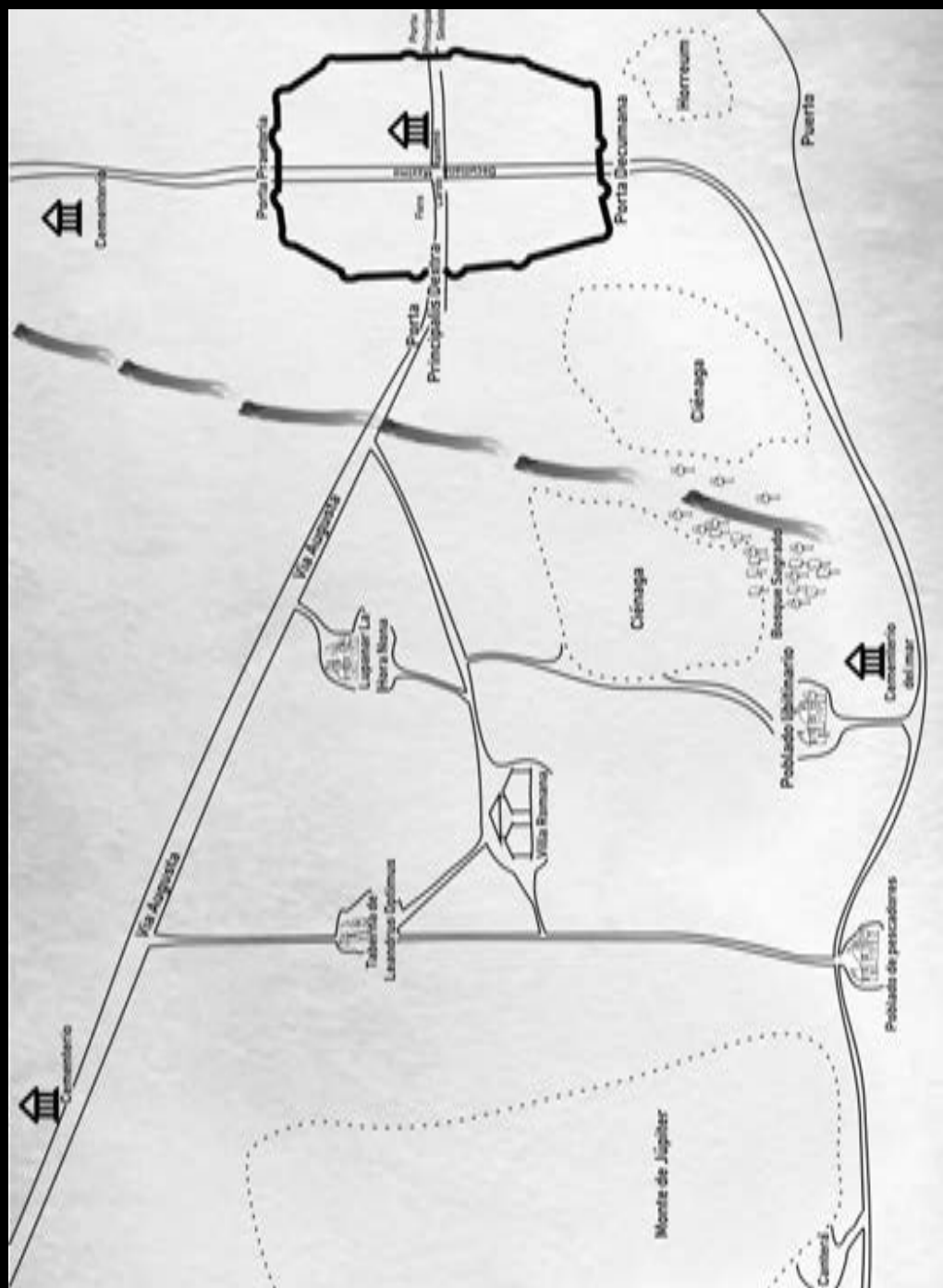
La crisis económica del año 85 se saldó con la devaluación de la moneda, pero Domiciano estaba decidido a evitar cualquier revuelta, y sabía que la mejor de las maneras era garantizar el *frumento*, el trigo. La principal preocupación era abastecer el ejército, la población era secundaria. A lo largo de toda la centuria la paga militar había perdido el valor estrictamente monetario, recibiendo los soldados cada vez mayor proporción de sus retribuciones en especie, en forma de pan (*annona militaris*). Los soldados tenían una ración diaria que oscilaba los 800gr. *Annona Augusta* era la diosa que personificaba el suministro y el reparto del grano, era una deidad creada por la propaganda religiosa imperial. En realidad no es otra cosa que el reparto de alimento subsidiado administrada por la *Praefectura Annonae*, proveniente de los tiempos de Augusto, y Domiciano era buen conocedor del éxito que suponía mantener esta oficina de reparto de *frumento*.

Domiciano se divinizó a si mismo en vida, lo cual no le granjeó demasiadas simpatías. El único emperador que había hecho antes algo semejante, Calígula, no era un buen precedente. Se hacía llamar “*Dominus at Deus*”, y así, autodenominado “Dios y Amo” ejercía de censor absoluto sobre las decisiones del Senado; ganándose igualmente la antipatía de la aristocracia. Sin embargo, por otra parte, tomó medidas económicas importantes que le hicieron ganarse el favor de la plebe. Prohibió las espórtulas públicas, restableció las comidas regulares, aumento el sueldo de los militares y restableció la garantía de *frumento*, con oficinas de distribución de grano civiles. Forzar el cultivo de cereal aumentaba la disponibilidad de grano para la *annona imperialis* y la *annona militaris*. La *annona civitas* era una herramienta de subsistencia diaria, pero sobre todo una garantía de paz social.

Una de tantas peculiaridades del último Cesar de la dinastía Flavia fue su personalidad conspiranoica. Vivía obsesionado en una conjura contra su persona que culminaba con su propio asesinato. Domiciano, en su manía persecutoria y su afán de tener todo controlado, creó una compleja red de informadores y delatores. Fundó un cuerpo del ejército que se dedicaba específicamente a la investigación, un Servicio Secreto pagado con doble

sueldo (*duplicarius*) y con categoría especial de militares de primera (*miles principalis*). Espiar y confundir al enemigo se consideraba moralmente reprobable, aunque por otra parte resultara práctico y útil. Darle carácter de institución le dotaba de dignidad moral.

Es la primera constancia histórica del Servicio de Inteligencia.



BARCINO PAN Y VINO

1 CAPITULO

Barcino desde el monte de Júpiter

*Aufferre trucidare rapere falsis nominibus
imperium,*

*atque ubi solitudinem faciunt,
pacem appellant.*

“De vita et moribus Iulii Agricolae”,

Cornelius Tacitus

*A la rapiña, el asesinato y el robo,
los llaman*

por mal nombre, gobernar, primero crean un desierto,

Luego lo llaman Paz.

“Vida y costumbres de Julio Agrícola”

Cornelio Tácito

Tántalo nunca tuvo más amo que el dictado de sus propias ideas, a pesar de la paradoja de que técnicamente nació esclavo y técnicamente era un liberto. Sin embargo, no se identificaba con ninguna de estas dos condiciones. Desde pequeño resultó indomable y sin embargo esa cualidad pasó inadvertida. Pocas veces surgió un conato de conflicto, dada su personalidad pacífica y tranquila, pareja a la del dueño de la casa, y a la astucia de su madre para conducir la situación. Costaba poco mandarle trabajar y accedía de buena gana, bastaba con pedírselo apelando a su espíritu colaborativo, tarea que siempre fue premisa de su progenitora. Ello generó una especie de “*statu quo*” razonable que le confería, en apariencia, una falsa docilidad.

Aquella mañana había subido al monte de Júpiter a cortar leña. Tántalo se quedó mirando una tela de araña entre las ramas, una infeliz avispa

se agitaba violentamente sin conseguir soltarse. Como solía sucederle, se perdió en sus meditaciones y soliloquios.

“Asientan colonos en el territorio y como una araña que espera paciente dejan impregnarse a las poblaciones de su orden social, cuando están infectados de paz, ya pueden agitarse tanto como quieran porque desprenderse de su pegajosa tela les será imposible. En la perversión del lenguaje de Roma, está la clave del éxito de su poder para domesticar pueblos.”

Continuó subiendo por la ladera, sumido en sus reflexiones. Al llegar a la cima se sentó en una piedra y levantó la vista al paisaje de su infancia.



“Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino, anclada sobre una colina, con privilegio de ser colonia y no municipio. Parece como si los municipios tuvieran otro margen de independencia, algo así, como si el orden por el que se rigen se construyera en el día a día. Pero tú no, tú naciste colonia a imagen y semejanza de Roma, con un mensaje político propagandístico claro. El Imperio dice y alecciona: esto es Roma.”

El paisaje, que debió ser agreste y salvaje antiguamente, estaba marcado de cicatrices por la partición del terreno y el cultivo.

“La tierra se repartió en lotes. Los dueños de la provincia, Pedanios, Licinios, Minicios, Cornelios, Porcios, Sempronios..., mientras ejercen de Cónsules y Senadores en Roma, esquilman las riquezas de sus tierras de provincias. Sus esclavos a los que dan por mal nombre “libertos”, se creen hombres libres prisioneros en esa mentira. Libertos que no dejan nunca de ser los peones de sus amos, a los que dan por mal nombre “patrones”. Son los perros que nunca muerden la mano de quien les da de comer. Tienen la libertad de gestionar el negocio del amo y enriquecerse a sus expensas. Son libres para tejer sus propias redes de alianzas de poder, sus entramados clientelares, sus corruptelas y sus vinculaciones matrimoniales. Libres para comprarse sus propios esclavos y libres para otorgarles la manumisión. Son eso, incluso, libertos de libertos y así doblemente esclavos. Exhiben con orgullo su pomposo apellido derivado del patrón. Juegan con Barcino a su pequeña Roma de la cual, en sus ínfulas de grandeza, se creen emperadores.”

Sacó de su bolsa un trozo de queso seco y un mendrugo de pan de centeno. Se distrajo cortado trozos que dispuso cuidadosamente sobre un pedazo de tela, como si preparara la mesa de un príncipe. Y se puso a comer alzando de nuevo la vista al horizonte, concentrándose en la urbe.

“La Vía Augusta, que al entrar en Barcino por la *Porta Principalis Dextra* se convierte en *Cardo*. El *Cardo* y el *Decumano Máximos*, que son las dos vías principales que atraviesan la ciudad formando una cruz. Los *cardos* y *decumanos* menores, que son sus paralelos y perpendiculares, bordeados por las *domus* cubiertas en tejas rojas. El templo de Augusto; sacerdocio del patricio Quinto Calpurnio Flavo, flamen de Roma y Augusto en Barcino, por decreto de la curia.

Piedades que se venden por tres mil denarios, que es el precio que se paga para ser sacerdote del culto imperial. Porque en Roma las piedades no se ganan con valor espiritual, las piedades se compran.”

Y en su soliloquio fundado, sus ojos saltaban de un edificio a otro, razonando mentalmente sus pormenores.

“El despacho de los Sévros Augustales, a la medida de los libertos de sus patronos. Donde se cuecen todas las corruptelas de la ciudad, tú me

ensalzas yo te ensalzo, tú me tapas yo te tapo. Porque algunas piedades romanas no se pueden comprar si no eres patricio. Pero si tienes mucho dinero aun sin ser ciudadano romano puedes comprar otras más económicas. Porque aunque tengas la ciudadanía romana, si eres plebeyo, pero pobre, las piedades no están a tu alcance. Para eso Vespasiano, en su magnanimidad, otorgó a los hispanos la ciudadanía latina; que es parecida a la ciudadanía romana pero sin serlo. De esa forma puedes comprar piedades de segundo orden, sacerdocios pequeñitos para fervores domésticos en el sorteo de las devociones y la superstición.”

Masticaba con pausa, mientras continuaba recorriendo la urbe con ojos escrutadores.

“Y delante de los centros del poder religioso, el foro y la *Curia*, los otros centros del poder; como si la división que establece el paso del *Decumano Máximo* fuera una división política. El foro, donde todos ansían que quede conmemoración de su persona y obra. La *Curia*, la asamblea de los curiales que vigila con sus ediles el cumplimiento y rotación de sus miembros y presidentes. Y que vota por boca de los clientes, así en realidad, son los mismos patrones de estos los que tienen la decisión sobre los asuntos que ellos mismos proponen, en un juego burdo de propaganda. La *Curia*, que solo se compone de ciudadanos romanos, hombres libres que tienen el poder civil, militar y criminal, la vigilancia del censo y la fiscalización de las ganancias. Ahí está Minicio Natal, que ayer mismo fue padre de un varón, es el responsable de la cloaca máxima y de ejercer como tribuno de la plebe, por si no quedara suficientemente claro que ambos cometidos se tratan en la misma categoría: asuntos pestilentes.”

Y engulló el último trozo de pan con queso, distrayendo fugazmente su contemplación en el vuelo nervioso de dos mariposas. Perdió su mirada en el horizonte marino y recorrió el dique del puerto hacia la entrada decumana.

“Pestilentes son las termas, donde tras la relajación del tibio baño en el *caldarium* puedes establecer una agradable conversación, un paso por el *frigidarium* y su frio choque térmico te pondrá en la realidad como una patada en tus partes nobles. El *horreum* de Barcino, entre las termas y el puerto, esa construcción subterránea, que se supone almacena las reservas de cereal. Pero que por estar vinculada al comercio portuario, no es sino

una gran bodega. Un paisaje bucólico tal como rezaba la descripción de Marcial, con sus campos y verdes viñas. Los suburbios y sus torrentes tras las lluvias primaverales, tal como se muestran ahora, frescos y bañados por agua renovada, hermosos por fuera y podridos por dentro. Con sus ciénagas apestosas cuando el agua se estanca por meses; con su fauna pernicioso de sapos, culebras y mosquitos. La diosa Annona protectora de las cosechas anuales del trigo, suministradora del grano, la pobre se está quedando ciega y ya no diferencia el grano de la uva. En esta maldita ciudad Mercurio es el dios que nos protege, quien vela por nuestra fuente principal de ganancia, que es el comercio. Y así Mercurio es un productor de nuevos ricos, porque el orden social permite que crezcan al amparo de la aristocracia. Mercurio es una fuente inmensa de fructíferos negocios, él es el dios del comercio aunque también el de los ladrones y los mentirosos. Hace mucho tiempo que Mercurio y Annona luchan en desigual batalla.”

Desde ahí veía también el suburbio donde habitualmente residía sin hogar fijo, hoy aquí, mañana allá. El suburbio era, con diferencia, el lugar con la mayor proporción de lupanares de toda la Layetana.

“A fin de cuentas, de prostituta profesaba Acca Larentia la madre adoptiva de Rómulo al que, en esa misma adopción, hizo hermano de Remo.

Larentia ejercía de lupa, vendiendo su cuerpo a los pastores. En la encrucijada de caminos del suburbio, estaba “La Hora Nona”, donde también de lupa ejercía su querida Híspala, –“Lena y Lupa”– decía ella contoneando graciosamente la cintura. Prostituta de oficio y dueña de su lenocinio. Y todavía apuntaba como aclaración –Los romanos somos eso, básicamente, “una panda de hijos de la gran lupa.”

Veía también la villa agrícola donde residía Pax, el cristiano, el barrio de los pescadores donde vivía Indalecia, el barrio de los nefastos y corrompidos libitinarios enterradores. Y la fábrica de vasijas, dolias y ánforas.

Tántalo bajó del monte, con el hacha al hombro, por el camino iba dando patadas a los trocos, para que hicieran solos el camino de vuelta hacia el suburbio.

Barcino, año 96

2 CAPITULO

*Quare pauidus semper atque anxius,
minimis etiam
suspicionibus praeter modum
commonebatur; ut edicti de excidendis vineis
propositi gratiam faceret,
non alia magis re
compulsus creditur, quam quod sparsi
libelli
cum his uersibus erant:
“Kan me phages epi rhižan, homos eti
καρποφθοροσ
Hosson epispaisai soi, kapre, thyomenoi”
(De vita Caesarum, Domiciano)
Gaius Suetonius Tranquillus*

*Inquieto y temeroso a todas horas,
por la menor
sospecha experimentaba espantosos terrores, y
el principal motivo que le impidió hacer cumplir
el edicto mandando talar las viñas,
se afirma que
fue la lectura de ciertos libelos difundidos por
Roma, en los que se leían estos dos versos
griegos:
“Aunque cortes todas las vides, no podrás evitar
que haya bastante vino para celebrar tu
muerte”.
(Vida de los doce Cesares, Domiciano)
Gayo Suetonio Tranquilo*

Aunque el historiador y biógrafo Suetonio dejó por escrito hacia el año 121, el terror de Domiciano al augurio de que su muerte fuera celebrada con vino; corría el año 96 en Barcino y los irreverentes escritos ya era la comidilla de las tabernas.

Todo el mundo sabía de la aparición de los libelos en Roma y del ambiente de desobediencia al edicto que obligaba a sustituir los campos de vides por campos de cereal. El precio del trigo estaba controlado, mientras que el del vino tenía fluctuaciones que podían generar pingües beneficios.

En Barcino también aparecieron varios grafitos con los dichosos versos griegos. En el tramo de la Vía Augusta hacia la *Porta Principalis Dextra*. Eran tímidas expresiones, que perfectamente pudieron haber pasado desapercibidas y que, además, se borraron con bastante celeridad.

La muerte de Quintus Calpurnius Nymphius.

Habían mandado llamar a los *pollinctores*, los esclavos de los empresarios libitinarios que lavaban y embalsamaban los cadáveres. El negro Onofre y su equipo acudieron con sus aperos de oficio dispuestos y se quedaron en la *Porta Decumana*, a la espera de ser requeridos; la ciudad les estaba prohibida si no era exclusivamente para realizar su trabajo.

En la *domus*, Marcia Urania, con la mirada perdida en el desconsuelo, había oficializado la muerte de su esposo. Había pronunciado, con desgarrro, su nombre por tres veces cumpliendo la *conclamatio* y siendo que su esposo no respondió a su llamada, selló con el último beso en la boca el alma de su marido dentro de su cuerpo y le cerró los ojos.

Ahora sí, los pollinctores entraron en el *Decumanus maximus* con el jefe tanatopractor Onofre en cabeza. Accedieron por la puerta de servicio de la *domus*, guiados por un esclavo hasta la habitación en que yacía el difunto. Los amigos íntimos y la hermana de Marcia ayudaron a sostenerla en ese frágil instante y la sacaron de la habitación.

El finado había sido hombre previsor y por asociación al colegio funerario y pago mensual de la cuota, sus honras y pompas fúnebres estaban resueltas. Había adquirido dos lechos libitinos de hueso tallado, a imitación de los lechos de marfil que enterraban a reyes y emperadores. Eran lechos sobrios, de formas torneadas lisas, los habituales que encargaban los libertos a Libitina; minuciosamente blanqueados, bruñidos y encerados hasta alcanzar un brillo ebúrneo, destinados a él y su esposa en perspectiva de sus futuras cremaciones. También tenía dispuesta una losa funeraria para su sepultura común, en la que rezaba: *Quintus Calpurnius Nymphius*, liberto de *Quintus, Sevir Avgvstal*, erigió en vida este monumento para él y su esposa *Marcia Vrania*. Este monumento no es heredable.

Los *pollinctores* desnudaron el cuerpo y lo colocaron sobre el suelo, ese protocolo, completaba el ciclo de la vida, igual que al recién nacido se le coloca desnudo sobre la tierra. Iniciaron la tanatopraxia con el drenaje de líquidos, el masaje al muerto, el lavado y la desinfección en vinagre y agua salada. Onofre sacó sus vísceras con sabias incisiones y taponaron sus orificios con cera y esponja marina. Mientras el oficial jefe tanatopractor ejecutaba el trabajo los ayudantes limpiaban y recogían la estancia. Impregnarón el cuerpo con resina y con aceites de timol, menta y espliego. En la sala contigua el lecho blanco ya estaba armado, cubierto con un jergón forrado en gasa negra, sobre el que extendieron el blanco sudario. Los *pollinctores* transportaron en brazos el cadáver ya preparado y lo dispusieron sobre el sudario, envolviéndolo bien apretado, uniendo sus brazos y pies y perfumando con esencias y aceites todo el conjunto.

Dejaron entrar, entonces, a las mujeres y pidieron a Marcia la ropa para vestirlo. Mientras lo engalanaban con la túnica *praetexta*, ella peinó con ternura sus cabellos blancos y le puso las sandalias, con las manos temblorosas y los ojos vidriosos de emoción.

Las otras mujeres ayudaron a maquillarlo y adornarlo con rosas y violetas. Finalmente, trasladaron el lecho sobre el que descansaba el séviro hasta el atrio de la casa, con los pies hacia la puerta.

Durante tres días quedaría expuesto para el homenaje de sus vecinos, hasta que se procediera a su funeral. Embebido en aceites aromáticos de sándalo y canela. Vestido con la toga *praetexta*, prohibida a los libertos, excepto a aquellos que como él alcanzaban el sevirato.

Barrio libitinario del suburbio

El equipo de *pollinctores*, salieron de la ciudad, de vuelta al suburbio. Lavaron en la ciénaga las herramientas y ya anochecía cuando llegaban a sus casas en el poblado libitinario. Tántalo había bajado desde el monte de Júpiter, para llevarles la madera con la que se ganaba una comida y un catre para dormir.

El empresario de pompas fúnebres disponía de un nutrido grupo de esclavos especializados en diversas tareas. Estas faenas, a pesar de estar

muy bien pagadas al propietario y gestor de la *collegium funeraticia*, que mantenía sus privilegios civiles intactos, eran aborrecidas por el resto de los ciudadanos. La labor de los libitinarios era detestada hasta tal punto que comportaba una serie de limitaciones de los derechos civiles a los que las ejecutaban. Se consideraba a quienes estaban en contacto directo con la muerte, individuos contaminados, por lo que tenían prohibido habitar y tener acceso a la ciudad. Igualmente los esclavos carecían de derechos, por lo que tener acceso a la ciudad o no, tampoco era una prerrogativa especialmente atractiva. Los esclavos de las pompas fúnebres vivían en una barriada cercana al cementerio de mar, junto al bosque sagrado de Libitina.

Por esa parte del suburbio se decía que vagaban a sus anchas Venus Libitina, Hécate, Deméter y Perséfone, los Manes, los horrendos Lémures y las Larvas. En el bosquecillo sagrado de la ciénaga, las Tres Parcas daban largos paseos y solo los libitinarios estaban protegidos contra el mal fario. Tántalo, que era inmune a la superstición y al misticismo, también se encontraba como pez en el agua en aquel lugar. Habitualmente nadie se movía por allí, excepto ellos y las prostitutas de cementerio, las *Bustuariae*.

Trasladaba Tántalo el último haz de leña del día, cargándolo a la espalda, cuando vio de lejos las siluetas de los *pollinctores*, recortadas en el horizonte, dejando atrás la playa y el mar. El negro Onofre delante, con su impresionante figura fuerte y corpulenta. Echó la leña al suelo y se detuvo a descansar y esperarles. El jefe tanatopractor se dio la vuelta, se alejó hacia la orilla del mar y se quedó allí, mirando las negras olas, sumido en sus pensamientos.

Habitualmente, Tántalo echaba un rato de charla con Onofre, que era un hombre bastante divertido y risueño. En vista de su extraña reacción, levantó las cejas en señal de interrogación a otro de los trabajadores, que contestó:

—Déjalo, no te preocupes, le sucede siempre que palpa la angustiada sensación de ausencia de las viudas —se echó a reír, añadiendo— es un tierno, ¡con todo lo que parece!, ¡y en el fondo es un tierno!

Cuando entraron en el grupo de bordas, oyeron canciones y algarabía de borrachos, invadiéndoles de inmediato una agradable sensación de hogar.

—El jefe ha dispuesto que duermas en su choza —dijo el *fosor*, abriéndole la puerta.

Curioseando entre los objetos de la cabaña, Tántalo vio a través de una puerta entreabierta que el *cubiculum* de Onofre estaba enlucido y pintado con un paisaje de pájaros y juncos. Resultaba extraordinario que entre la miseria de la choza aquellos muros estuvieran tan cuidados. Vio pintada en la pared una hermosa marisma con aves acuáticas y junto a cada pájaro había una mosca de su mismo tamaño, sorprendido preguntó el significado.

–Dicen que sí conmemora los collares de honor al valor que se otorgaban a los militares egipcios, aunque algunos creen que hace distinción al dios Achoro al que otros pueblos llaman Ba'alzevuv y los griegos Belcebú –le contestó el fosor–. No sé, desconozco el tema, los misterios del jefe Onofre son incontables.

Tántalo dormiría allí aquella noche, como tantas otras veces, entre clavos, entre gente funesta y contaminada. Aunque tras unos buenos tragos de esa ponzoña a la que los layetanos llamaban vino, todo se veía de otro color.

Visita a Indalecia y a la cantera

Como cada mañana en el barrio de los libitinarios la gente amanecía con el primer rayo de sol. Mientras tomaban unas gachas de puls, para desayunar, Tántalo saludó a Onofre y se sentó con él a charlar.

–Te vi ayer muy afligido, nunca te había visto así, no sabía que te afectaba el contacto con la muerte, pensaba que estabas acostumbrado.

Onofre se echó a reír.

–No, hombre, el contacto con la muerte no me afecta; me afecta el contacto con los vivos, que son a fin de cuentas quienes realmente sufren la muerte –dijo Onofre–. He visto a las madres colocar con mimo el cadáver de sus hijos recién nacidos en un ánfora, para entregarlos a la tierra con ternura infinita. He visto crucificar a los esclavos y dejar su cuerpo a los buitres. He visto sepultar viva a una adúltera; dándole un buen golpe en la cabeza para evitar que se moviera y que su cuerpo quedara en la tierra, eternamente en decúbito prono, mordiendo el polvo. Todos tienen su lugar en las necrópolis, las leyes libitinarias prohíben tirar estiércol y cadáveres de forma descontrolada por los ribazos y las cunetas. Como a Cicerón me consta

que en la muerte todos somos iguales. Y como a Cicerón me ofenden las diferencias en los funerales. Todos, absolutamente todos, tienen un espacio donde colocar su cadáver. ¡Eso, sí!, los pobres no tienen cortejo fúnebre, los cuerpos de los plebeyos necesitados se transportan en camilla *sandapila* de madera, algunos tienen suficientes medios para ir en un cajón, los hay que ni siquiera tienen opciones donde escoger, los *necróforos* se encargan de llevar sus cadáveres a las fosas comunes. La muerte en Roma respeta escrupulosamente las clases sociales, eso es lo que me molesta.

–Pero en el caso de ayer, el cuerpo del séviro fue tratado con todos los respetos –contestó Tántalo–, ¿o no?

–Aun así, he percibido tantas veces la alegría contenida de las viudas, que cuando me topo con una realmente desconsolada me conmueve su fragilidad.

Terminado el desayuno Tántalo recogió su fardo, se despidió de los libitinarios y salió de la barriada hacia el camino paralelo a la playa en dirección al monte de Júpiter. Llegó hasta el suburbio de los pescadores y se encaminó hacia casa de Indalecia.

Sin duda, el lugar donde Tántalo trabajaba más habitualmente era en el barrio de los pescadores. Entre la gente que habitaba esa zona del suburbio, a orillas del mar y en la falda del monte Júpiter, había un elevado porcentaje de iberos. Indalecia había nacido y vivía en el suburbio de los pescadores, le venía de tradición dedicarse a secar pescado. En Roma, la medicina era tenida por un arte propio de esclavos y peregrinos, la fuente de mayor aportación e innovación provenía de la gente con ascendencia griega. Pero Indalecia tenía recosida a sus genes la medicina tradicional herbolaria íbera. Los conocimientos que pasaban de padres a hijos, Indalecia era heredera de una familia de larga tradición antigua.

En cuanto llegaba la primavera, Tántalo se ponía a sus órdenes y lo mismo recogían flores de manzanilla, que sangraban las capsulas de adormidera. Aunque el opio era un bien de precio fiscalizado, los tejemanejes de Indalecia escapaban a todo control. Cebaban caracoles de mar, los recogían y almacenaban. Indalecia le daba de comer y le pagaba el sexo en el lupanar de Híspala. Tántalo sabía que ella extraía sustancias importantes del fruto de su recolección, pero saber de dónde venía cada cosa y sus diversas aplicaciones era un auténtico misterio.

Se acercó hacia su casa y la encontró en la entrada organizando ánforas, bajo el sombrero.

–Hombre!, pensaba que ya tendría que enviarte a buscarte –dijo Indalecia con los brazos en jarras–. Pero por fin, ¡ya estás aquí!

–No, aquí estoy, pero marchó. Quiero hacer una última provisión de leña, para los libitinarios. Pasado mañana hay funeral de alto nivel y quiero que no falte provisión de madera.

–No sé por qué te andas tan solícito con esa gente, ¡son escoria! –apuntó Indalecia, visiblemente contrariada por el retraso de sus intereses.

–No te olvides que será esa escoria quien cuide de tus restos en un futuro, yo no tengo tantos remilgos, a mí ya me cuidan ahora, en sus casas nunca me ha faltado amparo comida y techo. Solo tengo agradecimiento hacia ellos.

–Bien, en cualquier caso no retrases mi faena, la primavera está ya cumplida y hay que cosechar a su tiempo– suavizando el gesto, continuó– yo también tengo preparado tu catre y sabes que durante el tiempo que vivas conmigo no te faltará lo mejor de mi cocina, mi mejor vino y algún que otro capricho.

Tras pactar que en tres días, tras el entierro, Tántalo se quedará con ella un mes a su disposición para ayudarla, reemprendió el camino hacia al monte de Júpiter, para hacer una jornada de trabajo dedicada a la leña. Decidió continuar por el camino que bordeaba el monte siguiendo el litoral. Iba cortando con el hacha ramas de buen tamaño al borde de la linde, organizando haces de leña que dejaba escondidos en zonas estratégicas. Así pasó la mañana hasta que llegó a la cantera.

La explotación de la cantera se ubicaba en la zona de poniente del Monte de Júpiter. Los grandes bloques de piedra, que se destinaban a la construcción se transportan al antiguo puerto ibero a orillas del Rubricatus y desde allí, en barcazas, hasta el puerto de Barcino. Pero en torno a la cantera también se extraía y trabajaban piezas pequeñas para la construcción. Piedra para trabajos escultóricos. Losas que los *calatoris* preformaban en lápidas con destino funerario. Numerosos talleres industriales, aprovechaban los bloques más pequeños o fracturados, para fabricar utensilios de uso doméstico, principalmente muelas para triturar cereales. Estos se cargaban en carretas y los vendedores ambulantes se dedicaban a su venta.

–Buen día –saludó Tántalo.

–¿Qué hay de nuevo?, amigo –dijo Claudio Suburano, el picapedrero.

–Veo mucho trabajo por aquí, andáis atareados ¿eh?

–Sí, tengo una contrata de Lucius Herennius Optatus. Para sujeciones de viga –dijo Claudio, señalando un montón ordenado de piezas labradas.

–¡Vaya!, “el príncipe de la Teja”, no pierde oportunidad y extiende sus tentáculos más allá de la cerámica –Tántalo aventuró–, estará abriendo nuevas vías de ganancia en el mundo de los materiales de construcción, por si no fuera suficiente forrar en teja los techos del Imperio romano, desde el sur de la península itálica hasta el sur de Hispania.

–Mandó a su sobrino a hacer el encargo y el necio pretendía que le incluyera marca de cantero con su nombre –dijo Claudio poniendo los ojos en blanco mientras meneaba la cabeza.

–Jajajaja –Tántalo soltó una carcajada–, ¿qué le dijiste?

–Que la única marca de cantero que usaba era la mía, que si quería marca abrieran un taller con sus esclavos y libertos. Que se iniciara en la cantería de producción y distribución de materiales de construcción. Que ampliara su audacia en el negocio inmobiliario. Finalmente le dije que les pondría su nombre con grandes letras de pintura para que pudiera identificar el material en los almacenes. ¡Hace falta ser presumido!

Tántalo había cargado un haz de leña hasta los talleres de la cantera y ordenaba los troncos en la leñera. Una especie de acuerdo tácito con el picapedrero, en el que cada tanto les llevaba leña para cocinar y calentarse en invierno, los picapedreros le devolvían al suburbio en las carretas recogiendo por el camino los fardos guardados.

Mientras los operarios terminaban algunas piezas y comenzaban a cargar las carretas, Claudio y Tántalo se sentaron a comer con unos cuencos de vino. Claudio era un plebeyo artesano, con cierta capacidad para administrar su pequeña industria, sus trabajadores eran de su misma condición y desde su humildad le gustaba que todos estuvieran bien alimentados y dispuestos al trabajo. Por otra parte, tras una dura jornada donde él era uno más del equipo, se permitía la licencia de tumbarse a pierna suelta, mientras los demás recogían y cargaban.

En silencio se quedaron dormitando mientras miraban navegar las perezosas y lentas barcazas. Los ronquidos de Claudio, repanchingado sobre

un jergón, asustaban a las gaviotas y se alternaban a compás con el ligero rebufo de Tántalo.

Para cuando los trabajadores avisaron que estaban preparados para la vuelta a casa, ambos roncadores habían despertado aguijoneados por las moscas. Subieron en los carros. En el horizonte un mercante con pasajeros navegaba a buen ritmo, viento en popa con la vela cuadra hinchada. En cubierta se veía gente oteando la costa, sin saberlo Tántalo cruzó un instante sus ojos con quien en breve pondría en riesgo su vida. Cruzaron sus ojos a kilómetros de distancia, sin que tuvieran siquiera capacidad para reconocerse los rasgos.

En el camino de vuelta fueron recogiendo los haces de leña y echándolos en los carros; declinaba la tarde cuando dejaron a Tántalo frente al poblado libitinario con su carga en el suelo.

Léntulo Reburino, *frumentarius* enviado de Roma.

Habían embarcado en noche cerrada, zarpando de Tárraco con la luna todavía en el cielo.

El mercante transportaba, principalmente, ánforas de aceite en las bodegas de su casco barrigudo. También algunos esclavos y manufacturas de vajillas, telas y muebles. Dos pasajeros habían pagado su transporte, un individuo grande como un armario que se había presentado como Léntulo Reburino; y otro individuo enjuto y pequeño con piel cetrina, que con un juego de palabrerío insípido había obviado dar su nombre. Había pagado con holgura el pasaje, soltando una bolsita de sestercios, motivo suficiente para que el capitán no se molestara en indagar más.

Léntulo y aquel personaje de ojos fríos, pequeños y profundos como los de una serpiente, habían entablado conversación durante el viaje. Mientras Léntulo ensalzaba con candidez las glorias del Imperio romano, el honor de la vida militar y los triunfos de las legiones, su interlocutor asentía ausente a su estúpida cháchara. Léntulo le había explicado a su compañero de viaje, que pertenecía a una sociedad secreta de los misterios de Atis y Cibeles, de carácter esotérico e iniciático. Que Atis era adorado por practicantes asiduos de la flagelación. Que la sangre era el elemento purificador, que Atis se había autocastrado para mejor hacer frente a su

voto de castidad. Que ese espíritu de sacrificio era la base de los valores militares, que obligaba a la fidelidad, pureza y sacrificio entre sus adeptos. Que las sociedades de culto a Atis efectuaban una danza que llamaban de los Coribantes, haciendo mucho ruido con lanzas golpeando escudos y que esos bailes eran exclusivamente masculinos. Que pertenecía a la Legión VII Gémina y que marchaba hacia Barcino en calidad de agente secreto frumentario. Que su misión consistía en hacer recuento de las provisiones de *frumento* en el *horreum* de la ciudad. Que era de alto interés para Domiciano el control de las provisiones del cereal en los municipios. Y que todo lo que le explicaba, obviamente, era de orden secreto y que no convenía en absoluto escamparlo a los cuatro vientos.

Con el viento a favor, era bien entrada la tarde, cuando se avistaban las costas Barcino. Se recortaba en lontananza la silueta del monte de Júpiter con la brecha abierta de la cantera, que desde cubierta miraban los viajeros y el capitán.

El *frumentarius* estaba eufórico y se puso a tararear la musiquilla de los coribantes “Soy valiente y leal coribante”. Uno de los esclavos vomitaba continuamente, cabeceando con los ojos extraviados y la cara pálida. No se sabe si por efecto del vaivén de la nave o por el constante parloteo insulso de Léntulo.

La nave atravesó la zona del monte y encaró directamente hacia la costa; ya se podía entrever en lontananza el perfil de la muralla y en la zona más alta el imponente frontón del edificio del templo de Augusto.

La velocidad comenzó a disminuir al tiempo que los marineros aflojaban los cabos y arriaban la vela, la embarcación se acercó al espigón del puerto. Amarrados en la zona sur crujían lastimeros los maderos de dos barcos *dolia*, esos monstruos mercantes propensos al naufragio, que habían dejado de construirse por la facilidad con que una distribución inapropiada de la carga los hacía zozobrar. Eran como enormes cisternas de vino, a las que el azar del oleaje podía voltear y enviar al fondo marino en un tris. Sobre todo había embarcaciones de cabotaje, medianas y pequeñas, barcos que cargaban ánforas y se dedicaban al transporte del vino más fino y otras mercancías relacionadas con el alimento y manufacturas.

La nave giró por la mura de babor y lentamente, con maestría, se arrió al dique mientras desde tierra recogían los cabos que los marineros

habían lanzado y les ayudaban a atracar. Se despidieron del capitán y los dos individuos desembarcaron, aprovechando que no era demasiado tarde para pasar por las termas y entrar en Barcino limpios y aseados.

El Funeral de Quintus Calpurnius Nymphius.

En los dos días anteriores, vecinos, clientes, amigos y familiares se acercaron a presentar sus respetos a la casa del difunto. Las jambas de la puerta estaban cubiertas con ramitas de ciprés y los vecinos ofrecían sus detalles en forma de cintas púrpura y ramos de flores.

Acudieron los *vespillones* a la casa del muerto para recoger el cuerpo del finado y trasladarlo al cementerio. Como mandan las leyes, el entierro se producía al atardecer, cuando las puertas de la ciudad estaban libres de la actividad comercial. Cuatro *vespillones* metiendo por debajo del lecho de hueso, donde estaba expuesto Nymphius, el *feretrum* de hierro. Lo levantaron y lo trasladaron hasta el centro de la *vía decumana*.

Los *tibicines*, con las flautas frías, se colocaron delante y a los lados. Iniciaron las primeras notas fúnebres al gesto de la mano del *designator*, oficiante de la ceremonia. Sonaban al unísono trompetas y flautas, cuando los *vespillones* levantaron el lecho con el *feretrum* al hombro e iniciaron la marcha con pasos lentos y acompasados, con la cabeza baja mirando el suelo.

Sus familiares varones se pusieron detrás, con la cabeza velada, las mujeres a continuación con el cabello suelto sin peinar, vestidas en luto blanco. Las antorchas fúnebres iluminaban el acto. Los amigos y vecinos los acompañaron despidiéndolo hasta la puerta de la ciudad. Algunos se detuvieron allí, mirando pasar la comitiva bajo el arco de la puerta decumana, que se iluminaba de amarillo fuego. Los más allegados continuaron acompañando el séquito. Los lictores escoltaban el cortejo fúnebre, con las armas vueltas al revés, a la funerala. El *designator*, oficiante de la ceremonia, iba y venía delante y atrás, dirigiendo con movimientos de la mano cada ceremonial, todo debía quedar dispuesto tal y como él mismo había diseñado la pompa fúnebre.

Los seis augustales estaban allí en ese momento: Quintus Calpurnius Nymphius, muerto sobre el lecho libitino camino de la pira funeraria y en

el cortejo fúnebre los otros cinco Lucius Pedanius Euphron, Lucio Licinio Secundo, Caius Trocina Synecdemus, Caius Trocina Onesimus y Caius Iulius Daduchus

Se detuvo la comitiva al pasar la ciénaga, a un lado el bosque sagrado, al otro la playa, el mar y la luna. Loaban los *histriones* los logros y virtudes del muerto, los bufones teatralizaban su vida, siguiendo el diseño previsto. El *Arquimimo*, recitaba los clásicos en momentos dramáticos análogos a la situación, conmemorando otros funerales ilustres. Sus libertos llevaban sobre la cabeza el gorro frigio *Pileo* como señal de respeto por la magnanimidad de su liberación. Las plañideras contratadas, *praeficae*, se rasgaban los vestidos y se mesaban los cabellos con estudiados gemidos. Algunas de ellas son las mismas que ejercen de prostitutas *Bustuariae*, por lo que la teatralización del rendido agotamiento y los gemidos de ritmo lento y acompasado, les sirven de reclamo de la calidad de sus otros servicios.

El cortejo fúnebre reemprendió la marcha. Llegando al cementerio del mar donde ya estaba preparada la pira, la base emergía de una fosa y con leña dispuesta en estructura cuadrada estaba rematada con un asiento donde con ayuda del *feretrum* sujetaron el lecho. El conjunto ofrecía un aspecto magnífico, digno de un gobernante.

Chillaba la cerda mientras la sacrificaban. Entre cintas púrpura, flores e incienso, su viuda Marcia colocaba unas lamparitas de aceite y sus efectos personales, sus dados de juego sobre un platillo y al lado sus fichas. Abrieron por última vez sus ojos y en la boca le pusieron la moneda para pagar al barquero Caronte. Los séviros colocaron la silla curul, signo del Imperio, de su relación con el oficio de la magistratura y privilegio máximo del liberto que alcanza el sevirato.

Los *ustores* prendieron el fuego y vigilaron la pira, mientras continuaban las loas y recordatorios y se prorrogaba el sonido de las flautas de los tibicines. A continuación comenzó la oratoria de la *Laudatio funebris*.

—Hoy, aquí, vertemos lágrimas en honra a la muerte de Nymphius, abnegado cuidador del culto de los dioses familiares de Augusto, (*Magistri Larum Augustorium*), genios protectores del estado —y con voz grave y parsimonia, Paullus Paullinus, a quien había sido encomendada la lectura, añadía—: pródigo impulsor de obras de beneficencia y festejos públicos;

servidor ejemplar de la ciudad y de sus habitantes; cumplidor íntegro de las virtudes romanas y hombre piadoso por excelencia.

Quinto Calpurnio Flavo, flamen de Roma y Augusto, sacerdote del culto imperial, añadió: –Tú que cuidaste con esmero los penates de Augusto, protectores del estado. Seas ahora recordado por quienes compartieron contigo y seas recordado a futuro por quienes vieran este sepulcro.

Y mientras todos los allí presentes valoraban si en sus funerales querían oír estas mismas referencias o quizás otras más pomposas, Tántalo observaba desde la arboleda. Asistió al funeral desde lejos, en el bosque, pudiendo ver la llegada del cortejo, el sacrificio de la cerda, las solemnes loas y demás celebraciones. En su fuero interno todo aquello le parecía una enorme pantomima. Cuando lecho y muerto vencieron hacia dentro, derrumbándose el orden de la pira con estudiado protocolo, comenzaban las libaciones; el momento culminante de la *pietas*. Vertieron vino y leche con miel, apagando los últimos rescoldos, la evaporación del líquido señalaba la elevación celestial.

Tántalo recordó a Damastes, hijo de Poseidón, al que apodaban Procusto “El estirador”. El posadero de Eleusis, que aplicaba su propia norma arbitraria para forzar una conformidad exacta. Procusto obligaba a sus huéspedes a acostarse en una cama de hierro; a quien no se ajustaba a ella, porque su estatura era mayor, le serraba los pies que sobresalían; si el desdichado era de estatura más corta, entonces le estiraba las piernas hasta que se ajustaran al funesto catre. La expresión mitológica de quienes acomodan la realidad a su ceñido patrón. Así, la Parca, los blancos lechos libitinos y el fuego de la pira, devuelven a los muertos una dignidad ajustada a los valores sociales.

El retorno a la ciudad tras el funeral

En aquel atardecer de representación de lo más granado de la élite de los libertos de Barcino, la asistencia era de obligado cumplimiento. Una ausencia hubiera sido palpable, igual que fue notoria la presencia de los recién llegados. Dos misteriosos personajes anónimos, asistieron al funeral. En el cortejo, a nadie pasó desapercibida la presencia de aquellos dos individuos. Uno grande, al que se adivinaba fácilmente su extracción militar, y el otro canijo y raro.

Terminadas las honras fúnebres, los asistentes volvían en grupos hacia la ciudad. Al entrar por la Puerta Decumana, se hizo evidente una enorme pintada que todos miraban con estupefacción, con los ojos como platos. Los dos desconocidos se detuvieron delante y se quedaron observando el muro con interés. En grandes letras rojas y frescas, que chorreaban goterones, podía leerse:



“Aunque cortes todas las vides, nunca podrás evitar que haya bastante vino para celebrar tu muerte”. Volvía a repetirse la frase que amenazaba a Domiciano, la misma que había surgido en los libelos que corrían por Roma, la que tímidamente se había puesto de manifiesto en un tramo de la Via Augusta a las afueras de Barcino una semana antes.

—No se puede consentir tamaña infamia! —Léntulo Reburrito estaba indignado, rojo de ira— ¡Qué tipo de ciudad es ésta que permite esta falta de respeto para con el emperador! ¡Daré parte de esta desvergüenza!, esta ofensa al Cesar es inadmisibile, ¡no quedará sin castigo! Ahora veo claro el por qué de iniciar una investigación, la necesidad de enviar agentes a Barcino. No sin razón el emperador está preocupado por lo que aquí sucede.

Para la mayoría se hizo evidente que dos hechos novedosos que rompían la parsimoniosa rutina de Barcino, como eran la estrafalaria pintada y la aparición de los dos misteriosos individuos a los que nadie conocía, necesariamente tenían que ser hechos relacionados. Aquella noche algunos durmieron agitados, otros ni siquiera consiguieron conciliar el sueño.

3 CAPITULO

*Non haec Paelignis agitur vindemia prelis
Una nec in Tuscis nascitur ista iugis,
Testa sed antiqui felix siccatur Opimi,
Egerit et nigros Massica cella cados.
A copone tibi faex Laetana petatur,
Si plus quam decies, Sextiliane, bibis.
Epigramata, Marcus Valerius Martialis*

*Esa cosecha no sale de las prensas pelignas
ni esa uva nace en las cumbres etruscas.
Apura una deliciosa jarra del añejo Opimio
y vacía los negros toneles de Mastica.
Que el tabernero te sirva la bez de Layetania,
Si bebes, Sextiliano. más de diez copas
Epigramas, Marco Valerio Marcial*

Amanecer en el barrio libitinario

Al despuntar la Aurora de rosáceos dedos, Tántalo recogió sus cosas en un fardo ya que terminaba su estancia en el barrio libitinario. Onofre le preparó un desayuno de gachas y sebo de cerdo, y Tántalo sin poder contener su curiosidad le preguntó sobre las pinturas que decoraban las paredes de su cuarto.

—Un pintor se ofreció a pagarme sus futuras exequias en especie, le dije que me pintara pájaros una especie de alegoría a la *pietas* romana. Conforme la pintura iba evolucionando le fui pidiendo que introdujera esto o aquello, todo lo que me venía a la cabeza como importante.

—¿Y las moscas? —preguntó Tántalo.

—Me gustó como iba evolucionando el trabajo, pero me faltaban los zoroastristas, así que después le pedí que a cada ave le acompañara una mosca por las almas de los zoroastristas a las que no puedo hacer otro homenaje. Para los seguidores de Zaratustra dar sepultura o cremación a

un muerto es una abominación, los cuerpos son para las aves. Druj Nasu son las moscas, la inmundicia del cuerpo, dicen que tan pronto como un alma deja su cuerpo, baja de la montaña en forma de mosca y se apodera del cadáver –Onofre continuó–. Me gusta mi oficio, mi origen es egipcio y aunque sea esclavo no hay para mi mayor honor que cuidarme de los muertos y dar a cada uno la forma y ceremonia que desean.

Charlar con Onofre siempre era una fuente de conocimientos sorprendente, pues ciertamente su origen oriental aportaba conocimientos exóticos. Tántalo recogió sus cuatro cosas y se marchó, quería ir a visitar a Pax antes de pasar por el lupanar de Híspala ese día.

Reunión de libertos para buscar un chivo expiatorio

Lucio Licinio Secundo, estaba cabreado, muy cabreado. La inoperancia del encargado de hacer pintadas, lo inoportuno del día escogido; precisamente el mismo del funeral, y la desmesura del grafismo, podían traerles graves consecuencias.

–¡A quien coño se le ha ocurrido! –gritaba Lucio Licinio Secundo, llevándose las manos a la cabeza– ¡Cómo se puede ser tan imbécil! Una cosa es provocar al emperador para que entienda que su política frumentaria, “pan para todos desde nuestros propios campos”, disgusta a nuestra poderosa industria vinícola. Otra muy diferente es hacer un acto de chulería pública como queriendo demostrar que con su edicto de tala de viñas nos limpiamos el culo. ¿Acaso no tenemos el matiz suficiente para entenderlo? ¿Es que no sabemos que retar al emperador es exponer el cuello? Todo, absolutamente todo, lo que sucede dentro del núcleo urbano de Barcino es parte de nuestra responsabilidad. Un acto de desobediencia de este nivel no hace sino dictaminar que el orden social de nuestra ciudad está descontrolado, que se nos ha ido de las manos.

–No sé, imagino que pensaron que el momento era propicio. Con tanta gente fuera de la ciudad, era difícil que los hubieran pillado “in fraganti” –dijo tímidamente Caius Trocina Onesimus.

–¡Claro!, es muy fácil hacer ese tipo de suposiciones cuando se pasa más tiempo en vuestras villas del otro lado del *Rubricatus* que en Barcino

–contestó, teatralmente, Licinio–. Los Trocina vivís en una realidad paralela, preocupados exclusivamente de vuestras cosechas, sin enteraros de que todo, absolutamente todo lo que suceda en Barcino, puede caer sobre vuestras cabezas como un martillo de plomo. Domiciano tiene la amenaza de amonestación puesta en todo lo que pueda afectar negativamente a Licinio Sura y a los Pedanios. Sospecha de las alianzas turbias de un clan hispano que se confabula contra su persona y no quita ojo a lo que acontece en provincias.

–Vamos a ver, tranquilicémonos, no nos peleemos entre nosotros y busquemos una solución rápida y conveniente –dijo Lucius Pedanius Euphron–: lo primero que hay que dilucidar es cuál es la gravedad de los supuestos peligros a qué nos enfrentamos, y por otra parte tener preparado un chivo expiatorio; es fácil, en los suburbios tenemos para elegir, plebeyos *proletarii*, delincuentes y si fuera necesario algún cristiano que haría las delicias de Domiciano.

Podría parecer exagerado el exceso de preocupación por la repercusión que pudiera tener una simple pintada. Pero en Roma los actos de insurrección se pagaban de forma ejemplarizante. Los viejos todavía recordaban, en época de Nerón allá por el año 61, cuando fue asesinado por su esclavo el *Praefectus urbi* de la mismísima Roma. Lucio Pedanio Segundo, de la *Gens Pedania* alta aristocracia oriunda de Barcino. En aplicación estricta de la ley romana se condenó a pena capital a todos los esclavos de la víctima, cuatrocientos esclavos incluyendo mujeres y niños fueron condenados a muerte. La multitud salió a las calles a protestar por la crueldad de la sentencia. Pero Nerón sacó el ejército a las calles a cumplir su deber sin miramientos; probablemente, aprovechó ese momento para advertir que toda la filosofía de Séneca no era suficiente contra el poder del Cesar. Algunos de aquellos esclavos ajusticiados tenían lazos y familiares en Barcino, tal como si su linaje cautivo perteneciera a un ganadero.

Conociendo la personalidad aprensiva y paranoica de Domiciano, y sus reacciones imprevisibles, era lógico el clima del miedo que se extendía entre los libertos. Por otra parte era fácil imaginar que si Domiciano podía perjudicar a Licinio Sura, no desaprovecharía la oportunidad de dejarle bien advertido. Lucio Licinio Secundo era el liberto de Sura, su hombre

de confianza en Barcino, gestor de sus asuntos comerciales y la cabeza visible de la responsabilidad.

–Es necesario tener los ojos bien abiertos, habría que saber quiénes son aquellos dos individuos –dijo Caius Iulius Daduchus–. Uno de ellos claramente parece militar, pero de alguna manera hay que cerciorarse de quienes son, porque todo parece indicar que son enviados de Roma.

–Yo tengo información –dijo Caius Trocina Onesimus, que había organizado sus propias pesquisas–. He enviado a un esclavo de mi confianza a indagar tras los pasos de los dos desconocidos y esto es lo que sabemos de ellos. Efectivamente, uno es militar, Léntulo Reburrito, es un frumentario de la Legión VII Gémina, enviado por Roma desde Tárraco, para la inspección y el control de las reservas del *horreum* de Barcino. Esto no augura nada bueno, probablemente Domiciano quiere poner en marcha el aparato para hacer cumplir el decreto de arrancar viñedos en las provincias. Del otro no hemos podido obtener información, tan solo sabemos que ambos se alojan en la *caupona* (hospedería) y que el más escurridizo ha visitado la Casa de las Delicatae al atardecer y que no se les ha visto beber vino ni cerveza.

–El traidor Marcial ha dejado la calidad de nuestros vinos por los suelos –dijo Licinio Secundo–. Ciertamente hay intención de dañar a Sura y promover la tala de vides empezando por las de calidad inferior. Y para rematar la jugada, ¡el cabrón de Marcial despreciando nuestro vino!

Marco Valerio Marcial había publicado su libro de sátiras “Epigramas”, en donde elogiaba con alabanzas de lameculos al emperador Domiciano; a la par que exponía un versado catálogo de enólogo experimentado en la variedad y calidad de los vinos de Roma y provincias. En él, ciertamente, los vinos layetanos no salían muy bien parados, quedando descritos como los más apropiados para emborrachar legiones.

–El jodido bilbilitano Marcial, con su agujijón envenenado, ha despreciado el vino layetano –vociferaba Licinio–. En sus sátiras a Sextilano, a la vez que lo trata de borracho y moroso, le recomienda que a partir de las diez copas ya debe pedir en la taberna las “heces de Layetania”. ¡Las heces de Layetania! –a Licinio Secundo se lo llevaban los demonios–. El muy cabrón ha dejado la calidad de nuestros vinos a la altura del barro.

–Y bueno, quizás podría referirse a que nuestros vinos son un poco turbios –expuso tímidamente Caius Trocina Synecdemus.

–¡Inocencia máxima! ¡Sí, Claro! Y dónde dice “...Y no rehúyes las ve-rijas de los circuncisos judíos, ni pasa sin visitarte el alano con su caballo sarmático. ¿Por qué siendo tú una romana, no te satisface ninguna picha romana?...”, se refiere a los caballos. ¡Claro!, todo el mundo lo entiende así, Caius, ¡todo el mundo! –volvió a teatralizar Licinio Secundo–. Porque claro, todos estamos de acuerdo en que nuestros vinos son exquisitos, ¡turbios, pero exquisitos! ¡Vamos, hombre!

Finalmente tomaron la decisión de enviar al esclavo Epictetus, que era hombre fiel donde los haya, como espía acusador a palpar el ambiente y a buscar una víctima propiciatoria para cargar con la culpa. Le indicaron que el lugar más apropiado para encontrar a un presunto culpable, digno de las iras de Domiciano, era entre la gente del suburbio.

Pax el cristiano

Aunque parece ser que su nombre completo era Pablus, nadie le llamaba así, por su devoción cristiana, espíritu de sacrificio y facilidad para ofrecer la otra mejilla, todos le llaman Pax. La situación de Pax no era fácil, ni podía pregonar abiertamente su cristianismo sin poner en riesgo su vida, ni su fe le permitía participar normalmente con los demás en las celebraciones de otros cultos. La única fuente de respeto que inspiraba Pax a sus vecinos derivaba del hecho de ser poseedor de una mula y un carro.

Vivía en la finca agrícola que estaba en el suburbio, saliendo por la *Porta Principalis Dextra* y siguiendo el camino hacia el mar, hacia los suburbios de los pescadores, en la falda del monte Júpiter. Los chiquillos se reían de él constantemente y la gente adulta le tenía en la consideración de alguien que no andaba muy fino de la cabeza. Así, Pax vivía expuesto a las pequeñas mezquindades de sus vecinos que le pintaban burros crucificados en la puerta de su casa y le consideraban como un sectario dentro del judaísmo. Una mañana en la pared de su casa apareció el dibujo de un enorme león vomitando y Pax lo limpió con un cepillo, un cubo de agua y toneladas de resignación. Mientras, daba los buenos días con una sonrisa

a todo aquel que pasaba por allí, ganándose definitivamente la fama de bobo por derecho. Los cristianos eran gente que ni aceptaba a los dioses de los demás, ni participaba en el culto oficial del Imperio, sin embargo su indulgencia y espíritu de sacrificio no eran fáciles de comprender.

Compartía un *cubiculum* en las estancias de los obreros agricultores de vid, se dedicaba principalmente a preparar, embrear y mantener la impermeabilidad de las dolias (*dolium*). Aquella era una finca rural con buenas características, una explotación agraria fértil, aunque iba pasando de mano en mano sin que nadie se la quisiera quedar de forma definitiva. Aun cuando era una *villa* de calidad y un terreno agrícola, rodeado de campos de viñas con grandes posibilidades, no despertaba el interés por invertir, ni de aristócratas ni de libertos adinerados. Probablemente era así porque también estaba rodeada de suburbios, de habitantes malajaje, de libitinarios contaminados, de lupanares, de pescadores de origen íbero y de otros colectivos en los que se cebaba la miseria y se cocía la insurrección. Aun así tenía un enorme almacén de dolias en las que se curaba y recolectaba el vino.

Cuando Tántalo pasaba por allí le gustaba beber un vaso de vino con Pax y echar una charla, aunque mucha gente consideraba a Pax un estúpido, a Tántalo le parecía un tipo interesante.

–Siendo un liberto –dijo Pax– podrías haber hecho fortuna, bajo la protección de tu antiguo amo.

–Yo no soy un liberto, no te confundas –contestó Tántalo, desafiante, con el dedo índice alzando–; nací en una familia de esclavos, que no es lo mismo. Soy libre porque a diferencia de mis padres no me someto a Roma. Nadie decide por mí qué o quién soy.

Su condición de liberto no la ganó haciendo méritos, ni cumpliendo protocolos, ni haciéndose merecedor de la confianza del amo. Se produjo casi sin querer, como por casualidad. Tenía Tántalo veinticuatro años cuando el dueño de la casa fue padre de un varón. La criatura desde el inicio dio muestras de predilección hacia el joven y conforme pasaban los años, cualquier duda que le sobrevenía, andaba a consultar a Tántalo su parecer. Se dio cuenta el padre de que Tántalo era una fuente de conocimientos imprevista y de lo beneficioso que resultaba su consejo y enseñan-

za al muchacho, a efectos de que la condición maestro/alumno cumpliera los protocolos, decidió dar la libertad a Tántalo.

–Ese patán se creyó que en su magnanimidad me otorgaba la libertad, como si fuera posible conceder la libertad a un hombre libre –decía, meneando la cabeza en negación–. Después vino el juicio por delito de ingratitud. Se dio la situación de que a mi alumno, en proceso de crecimiento, le pusieran otros maestros especializados en sociedad, protocolo y religión de Roma; me lo echaron a perder y con el tiempo la criatura dejó de interesarme. Fue entonces cuando me gané la reprimenda del padre por la dejación de mis funciones y cuando me vi en la obligación de informarle de lo mismo que ahora te estoy informando a ti. Nunca fui su esclavo y nunca su liberto. Yo no soy quien los demás dicen, ni es esta o aquella mi condición. Fui acusado, juzgado y condenado; degradado mi honor civil y desacreditada mi reputación –y añadió como colofón–: y así, felizmente, ni Dios ni Amo.

Su condición de liberto dediticio le impedía contraer matrimonio o dedicarse a actividades comerciales de ningún tipo. Tampoco le estaba permitido, entrar en la ciudad, como si estuviera contaminado tal que los libitinarios. Era considerado igual que un peregrino, sin derechos políticos, ni públicos. Un tipo potencialmente peligroso. Cualquiera hubiera considerado que era un desgraciado, sin embargo él se sabía inmensamente afortunado.

–Y así, ¿no tienes Dios? Porque en algo creerás, ¿no? –dijo Pax.

–¿Sí?, ¿de verdad?, ¿es imprescindible creer en algún Dios?, podría creer en el Divino Augusto, como creen los libertos. O tal vez en Pater Liber Bacco y celebrar la fertilidad y el vino, ¿hay diferencia? –Preguntó Tántalo, alzando las cejas.– No, no necesito creer en los pájaros, levanto la vista y están ahí. Tampoco creer o no creer en los peces evitará que me los encuentre dentro del agua, la superstición no la entiendo.

Una muchacha del lupanar pasó por allí cargada con una cesta.

Los chiquillos de la villa romana sabían que Marciana, la *fellatrix*, se las ingeniaba siempre para hacer los encargos que tuvieran que ver con la villa o alrededores. Sabían que su objetivo era hacerse la enconradiza con Pax. Sabían que Pax huía avergonzado en cuanto la veía y no dejaban de hacer chanzas sobre su ceguera.

–Ciego de amor de Dios, ni ve, ni quiere ver, solo ve, solo ve, solo ve a Dios –los críos, se pusieron a danzar haciendo corrillos.

Pax los espantó, haciendo aspavientos con las manos.

Apuraron sus vasos de vino y Tántalo se despidió del cristiano, continuó su rumbo hacia el lupanar de Híspala, donde tenía pensado pernoctar.

La Hora Nona

El lupanar de Híspala se llamaba “La hora nona” pues, como el resto de los burdeles del Imperio, esa era su hora de apertura (entre las 13:29. en invierno y las 14:31h. en verano).

Híspala era ardua defensora del oficio de los lupanares, donde se consolaba a aquellos que en su casa no encontraban consuelo o a los que se iniciaban en el sexo. Aunque ella bien sabía que las más inconfesables de las necesidades se perpetraban en el *fornicio*, en la calle, bajo las fornícula, en los portales, fuera del lupanar, al amparo de la arquitectura.

Sus chicas vivían allí, eran internas, Híspala les daba protección, actuaba de *lena* y aunque ella tenía sus preferencias no podía evitar tener con ellas un vínculo maternal. Tanto es así que cuando alguna había sido requerida por algún varón para tomarla en “*iustae nuptiae*” había pasado varios días llorando y se había vestido de blanco luto. Sus chicas eran meretrices, es decir, estaban censadas y el lupanar pagaba los impuestos por su trabajo.

Cuando Híspala vio llegar a Tántalo por el camino, le dijo preocupada que quería hablar con él. Le llevó a un rincón del patio donde se sentaron a la sombra de un árbol.

–Se comenta que en la ciudad están los ánimos caldeados de cuentas de la pintada aparecida–dijo Híspala.

–¿Qué pintada? –preguntó Tántalo.

Híspala le explicó las novedades y el revuelo y rumorología que se había extendido por la urbe.

–Te informo de que andan buscando a quien cargarle el muerto –Híspala le explicó la presencia de los dos forasteros y como se había extendido el rumor de que seguramente eran enviados de Roma.

–Uno de ellos es transparente como el agua, el *frumentarius* Léntulo Reburriño. El otro es escurridizo y nadie sabe a ciencia cierta cuál es su cometido –dijo Híspala–. Como bien sabes una de mis chicas también trabaja en la Casa de las Delicatae. Ayer pasó la noche con él y por lo visto el puñetero es hermético como una piedra. ¡Te podrás creer!, que ni metida en faena, pudo sonsacarle ningún tipo de información.

–Vamos, vamos, en esta ciudad se construyen leyendas increíbles de pequeños sucesos –dijo Tántalo restándole importancia–. Nada les gusta más que tener material para alparcear.

–Haces mal en minimizar el riesgo. Se comenta que este individuo podría ser un agente dedicado a la obtención de información; en Roma son conocidos como especuladores (de *Speculari*–observar desde una atalaya) y la preocupación surge del hecho de que habitualmente tienen potestad para ejercer de *carnifex* y cercenar el problema ante cualquier mínima evidencia –continuó Híspala, sin querer ceder un ápice a la habitual desidia de Tántalo–. Asesinan bajo el amparo del “era necesario” por el bien del Cesar y el Imperio.

Aquí, Tántalo le recordó que aunque él a sí mismo no se reconocía como liberto, a efectos legales esa era su condición. Por tanto legalmente solo podía ajusticiarle un *lictor*. Y parafraseando a Hipócrates, soltó un docto “*vitam brevem esse, longam artem*”, (la vida es corta, la ciencia es larga), y la paciencia de Híspala se resquebrajó en gritos sulfurados que hacían referencia a diversos adjetivos relacionados con la despreocupación, la inconsciencia, la falta de responsabilidad y el arte de desollar gatos, mientras se metía en el lupanar con la cabeza muy alta y paso iracundo.

Tántalo pasó la tarde haciendo pequeños arreglos en el mobiliario del lupanar, sus trabajos de carpintería se compensaban con generosas cenas regadas con lo mejor de su bodega. Durmió allí aquella noche, enredado entre las piernas de Híspala, que más tranquila decidió enmendar su injustificado ataque de ira.

Al día siguiente debía marchar al poblado de los pescadores para ponerse a las órdenes de Indalecia.

La taberna de Leandrus Optimus

De camino a casa de Indalecia, Tántalo se acercó a la taberna de Leandrus Optimus para echar unos tragos. Pax estaba allí, porque de buena mañana se había acercado a llevar con su carro el encargo de unas ánforas cerámicas. Leandrus tenía aprecio a aquel par de piltrafas y les reservaba siempre buenos caldos generosamente servidos. A la hora de cobrarles, siempre ajustaba el importe. Y es que, aunque Leandrus no tenía nada de cristiano le gustaba aquella frase del profeta “Al cesar lo que es del cesar”. Buen conocedor de las altas finanzas de los bajos fondos, sabía bien que tanto Tántalo como Pax eran gente que se aprestaba a la colaboración en cualquier situación imprevista y sin embargo sus bolsillos andaban siempre medio vacíos. Era hombre de recto proceder. En las mesas, Epictetus jugaba a los dados con unos paisanos, mientras echaba un vistazo por mandato de los séviros.

La tabernera iba siempre acompañada por una perra blanca y vieja que la seguía como si fuera un desdoblamiento de su persona. Les sirvió un par de vasos mientras les andaba advirtiendo con los ojos, de la inusual presencia del esclavo Epictetus.

Tántalo y Pax comenzaron una de sus eternas disertaciones. Tomaron otro vaso de vino y otro más. Tántalo comenzaba a elaborar uno de sus discursos furibundos contra las fuerzas del poder y el orden social.

—Los apellidos griegos son los más abundantes en Barcino, la razón está en la colonización procedente desde el sur de Italia —decía Tántalo balbuceante—. Su dedicación a la producción del vino, la proclaman ufanos como rasgo de identidad de sus orígenes de *Enotria* la tierra del vino en el sur de la península Itálica. ¡Presumen de ser descendientes de ilustres borrachos!, ¡pero se pregonan romanos!, ¡borrachos e hijos de la gran lupa!

Epictetus iba tomando buena nota del sesgo de la conversación y cada vez veía más claro que había encontrado a los sospechosos ideales.

Pax era extremadamente sensible a la bebida y es que, aunque entendía como parábola la comparación con la sangre de cristo, se embriagaba con dos copas y sacaba a relucir lo mejor de su espíritu místico. Alucinaciones ebrias de un futuro de transformación extraordinario, delirios impulsados por su alma emprendedora.

—¿No crees, que al igual que los séviros cuidan los dioses familiares de Augusto, un tipo de institución similar podría cuidarse del culto cristiano? Una institución con funciones políticas y municipales, que representara al pueblo y protegiera el culto cristiano —dijo Pax imbuido de una fuerza espiritual que iluminaba su cara, adornada con una sonrisa bobalicona.

—¡Oh sí, lo veo! Una institución Municipal, Plebeya y Cristiana —Tántalo se descojonaba de la risa—. La M.P.C., ¡la democracia plebeya cristiana! Más dioses y más amos, conmigo no cuentas.

—Pero de verdad, Tántalo, yo creo que la fe en Dios te confortaría.

—¿Me confortaría?, ¿acaso me ves necesitado de amparo?, ¿me ves perdido?... No, no, no, no, ya te lo dije ¡Ni Dios, ni Amo, ni Domiciano!

La chica de la taberna abrió los ojos como platos y comenzó a hacer muecas mientras indicaba con la cabeza en dirección a Epictetus. La perra se sentó y comenzó a levantar las orejas alternativamente mientras ladeaba la cabeza. Perra y ama se quedaron mirando como Epictetus recogía sus fichas y dados, pagaba y marchaba por el camino con paso veloz. Miró a Leandrus y con la boca fruncida meneó la cabeza negativamente.

—Si esos dos no se andan con más cuidado cualquier día se van a meter en un lío.

—Les he dicho mil veces que se fijen más en las mujeres y los muy bobos no ven más que brazos, culos y piernas. Cuando digo que se fijen en las mujeres me refiero a que aprendan el buen hacer, la astucia, la picardía —dijo Leandrus—. ¡Entre los dos no sacamos un cerebro!

Indalecia, el barrio de pescadores, las delicias y los trabajos de Tántalo

La casa de Indalecia era de piedra, los maderos que conformaban los quicios de puertas y ventanas estuvieron en tiempos adornados con cráneos humanos atravesados por un clavo, como era costumbre íbera. Pero a aquellas alturas del siglo los cráneos se habían resecaado y las mandíbulas habían perdido sus dientes, perdiendo todo poder intimidatorio, por lo que se decidieron a quitarlos resignando un síntoma claro del progreso de la romanización.

Dentro de su casa olía a especias, pescado seco y caracol podrido. Era tan fuerte ese olor que la misma Indalecia lo llevaba recosido a su persona. En la sala principal había piedras de moler de diferentes medidas, algunas placas colgadas en la pared guardaban apuntes de recetas y agradecimientos de personas tratadas y curadas.

Tántalo pudo leer en un estante: *Opium hæmorrhoides remedium est.*

El olor más pestilente surgía de unas tinajas grandes donde Indalecia ponía caracoles marinos de pinchos a descomponer, luego chafaba las conchas y recogía las glándulas que una vez secas y molidas servían para teñir con color púrpura y azul Jacinto. De la cetaria salían conservas, salazones y tintes. El *garum* era su mejor producto, era bueno para el comercio, carísimo y exclusivo para mesas refinadas. Sus productos se los venían a comprar en carros los comerciantes de la ciudad.

Entre Junio y Julio, era el tiempo de los escarabajos de los fresnos y álamos. Tántalo sospechaba que algo tenían que ver con el bebedizo milagroso que se usaba en el lupanar. El que provocaba priapismo a hombres de edad avanzada, que podían pasar toda la noche satisfaciendo sus deseos con hasta tres y cuatro chicas. Indalecia ponía especial interés en esa recolección que le reportaba grandes ganancias, por eso pensaba que probablemente de ahí salía el potente afrodisiaco. Le alojaba en su casa y le despertaba antes de la salida del sol. Colocaban un lienzo blanco bajo los árboles y agitaban el tronco, y con las manos protegidas con vendas recogían los insectos. Los mataban sumergiéndolos en vinagre, los ponían a secar al sol y cuando estaban secos se guardaban en tarros. Indalecia preparaba a la Hora Nona polvo seco de cantárida y pomadas con sebo de cerdo.

—Te preparo algo de comer —dijo Indalecia que sabía que aquel era el momento preferido por Tántalo—. Mientras, acomódate en tu estancia y después prepararemos el plan de trabajo para esta campaña de recolección.

Tántalo se instaló en un *cubiculum* en el que le había preparado un catre. Indalecia era una mujer organizada y silenciosa, durante años había enseñado a Tántalo la manera de hacer la cosecha, convirtiéndolo en una pieza indispensable en su industria. La estancia era un almacén de vinos dulces. Sapa, Mulsum y Defructum, eran vinos cocidos que se dejaban reducir. Se usaban en la cocina para los guisos. Pero, sobre todo, los usaban

los romanos para aclarar otros vinos más fuertes. Se ponían a hervir en ollas forradas interiormente con plomo. De esa forma en el vino se iba disolviendo el Azúcar de Saturno (acetato de plomo), que permitía que se pudiera guardar durante años sin ponerse malo. En las mezclas se incluían membrillos o higos, aunque para endulzar el vino era primordial el Azúcar de Saturno. Indalecia tenía una capacidad productiva y empresarial de cierta importancia. Y era fácil inducir que se ganaba bien el sustento. Sin embargo, vivía en una choza de piedra cerca del mar, sin más pretensiones.

Comieron gachas de *puls* con pescado y por la tarde estuvieron estudiando y organizando las zonas de recolecta de los escarabajos. Preparando los aperos necesarios y liberando los sequeros donde dejar, al sol y a resguardo del viento, la recolecta. Tántalo recompuso las reservas de leña de la cocina y estuvo arreglando las trampas de red donde cebaban y cazaban caracolas.

También en el barrio de los pescadores se comentaban las posibles repercusiones que podría ocasionar la desafiante pintada. El emperador tenía montado un servicio de información que garantizaba que cualquier acontecimiento o tentativa de insurrección fuera detectada a toda velocidad y puesta en su conocimiento. Indalecia estaba preocupada y dijo a Tántalo que era necesario informar a Híspala y sus chicas.

—Esta noche quiero que vuelvas a casa de Híspala, no dejes de avisarle de que tanto ella como sus chicas estén en alerta —le pidió Indalecia.

Todo el mundo sabía que el lupanar y su entorno eran una fuente de rumores e información, solo comparable al servicio secreto oficial.

Epictetus vuelve a Barcino e informa a los libertos del sevirato

Los séviro se habían reunido a instancias de Licinio Secundo, en el orden del día estaba la búsqueda de soluciones para aplacar la ira del legionario Reburinus. El objetivo era hacerle ver la fidelidad incondicional al Cesar por parte de las instituciones de Barcino.

La esclava enviada a la *caupona* para convidar a los forasteros a un agasajo de bienvenida en forma de banquete de celebración, ya había re-

gresado. Había explicado que el individuo menudo, cetrino y enjuto, con ojos de serpiente, declinaba amablemente la invitación, excusándose por las múltiples tareas que le acaecían. Añadiendo que, no obstante, agradecía vivamente el detalle y les conminaba a posponerlo para más adelante. Por otra parte, Léntulo Reburrito se había mostrado gratamente impresionado y había dicho que a pesar de que estaba en misión secreta y que no podía saberse que era un legionario del cuerpo de *frumentarii*, asistiría encantado como un simple viajero visitante de Barcino. Los séviros quedaron pasmados ante la evidencia de su estupidez.

–La política de austeridad impuesta por los Flavios ha sido buena hasta que el majadero de Domiciano ha comenzado a preocuparse por la necesidad de la plebe de alimentarse –comenzó Licinio.

–Sí, pero también es importante contener una posible revuelta social. Un contexto social tenso igualmente es preocupante y puede frenar nuestros intereses comerciales– dijo Caius Trocina Synecdemus–. A mí las políticas de Domiciano no me parecen completamente erróneas.

Lucio Secundo sabía bien que la observación de Synecdemus no era desacertada, pero su avaricia personal y sus ansias de medrar estaban por encima de esas apreciaciones. Siempre era partidario de estirar peligrosamente los límites y de proteger a ultranza los beneficios de los poderosos. Para él, un sistema más pacífico y complaciente debía estar basado en el reparto de las migajas entre los más humildes, sin que los intereses de los individuos pudientes sufrieran ninguna merma que pudiera afectar a las inversiones comerciales del Imperio.

–Basta de disertaciones políticas, esto no es el Senado, señores. Nos hemos reunido a efectos de solucionar los problemas más inmediatos que nos afectan. Tenemos informaciones novedosas que pueden solucionar nuestras complicaciones –dijo Lucius Pedanius Euphron–. ¡Llamad a Epictetus!

El esclavo fue mandado llamar y entró en el *triclinium* para dar noticias. Contó la conversación que había oído en la taberna y como habían negado en alto al Dios y Amo Domiciano. Dijo, que de todas las alternativas que había estudiado, en sus pesquisas por el suburbio, le parecía de largo la más aceptable. Explicó que aquel par de malhechores, tenían tratos con las chicas del lupanar de la Hora Nona, la galena Indalecia y los

esclavos libitinarios. Que campaban a sus anchas exponiendo sus opiniones subversivas sin pudor y que, sin duda, todo aquel que los conocía los entendería como probables autores de la pintada.

–Creo que lo mejor sería que abiertamente se hiciera pública la culpabilidad de esos dos imbéciles. Extender el rumor y que el mismo devenir de las habladurías populares termine por culpabilizarlos sin necesidad de nuestra intervención –expuso Caius Iulius Daduchus–. Mantenernos al margen de todo esto hace más evidente que no hay interés ni acción ninguna que nos una a la pintada, lo que nos confiere un halo de indiscutible inocencia.

Los libertos enviaron a Epictetus a tomar copas por las tabernas, le instaron a que frente a cualquier alusión o referencia a la pintada no se abstuviera de decir que se comentaba que el liberto dediticio Tántalo y Pax el cristiano habían confesado su autoría. Sería especialmente interesante hacer llegar esa información hasta la Casa de las Delicatae.

Se había expandido el rumor de que el forastero escurridizo del que todavía nadie sabía ni siquiera el nombre, era probablemente un especulador con licencia de *carnifex*.

Léntulo Reburrito es agasajado con un banquete por los séviros

Léntulo ya había gestionado su inspección del *horreum* con la oficina de la *Praefectura Annonae* ese era el objeto de su misión secreta, allí se había identificado oficialmente como *Miles principalis* Lentulus Reburritus del cuerpo de *frumentarii*. Su entrada y visita de control estaba prevista para esa misma tarde.

Los esclavos y libertos de algunas personalidades de la ciudad ya llevaban un par de días ejerciendo una actividad inusual de carga y descarga de productos. Fuera de lo habitual era la descarga de carros con sacos con grano y la salida de ánforas de vino desde el *horreum*. Los séviros, por la parte que les tocaba en el almacén, habían colocado una importante cantidad de sacos y habían sacado una parte significativa de reservas vinícolas.

Una parte de los sacos estaban llenos de tierra y en la fracción superior se habían cubierto con grano.

Pero a Léntulo Reburrrino todo aquel trasiego le había pasado desapercibido, confiado de que nadie en la ciudad era consciente de su presencia allí, sino como un viajero cualquiera, dado que su misión de inspección y su condición de Legionario del cuerpo de *frumentarii* era secreta.

Aquel mediodía tenían previsto el banquete de recibimiento al Sr. Reburrrino, viajero ilustre y visitante de Barcino. Durante la comida en el *triclinium*, se sirvieron platos deliciosos regados con abundante vinos de Tarraco.

A su entrada en la domus los séviros le recibieron con la *salutatio ibérica* brazo en alto y Léntulo se cuadró militarmente, aunque después volvió a recordar su situación de incógnito y con una risilla declaró de nuevo que se hallaba en misión secreta y que por tanto no hacían falta actos protocolarios.

Durante la comida hicieron varias tentativas de soborno, pues si se descubría la trampa en las reservas de frumento o si la autoría de la pintada por parte de los dos malhechores no resultara creíble, sería necesario haber jugado bien la partida por adelantado.

—Lástima que nunca hay una valoración suficiente a los servidores del Imperio. Suficiente, me refiero en cuanto al pago de su encomiable labor —manifestó Lucius Pedanius Euphron sacando a relucir todas sus artes de adulación.

—Verdaderamente —añadió Lucio Licinio Secundo—. Nunca será suficiente la recompensa. Su sacrificio no está debidamente puesto en valor, ni tan siquiera con el duplicarius pecuniario, ¿quizás nosotros podríamos hacer algo al respecto?

—Léntulo, hacía que no con la mano.

Licinio Secundo ya no sabía cómo dejar más clara su intención de pagar su silencio, así que expuso la intención del gremio de los séviros de hacer una aportación pecuniaria de tipo extraordinario, para colaborar con el ejército.

—No, no, no, no, no, de ninguna manera —dijo modesto Léntulo Reburrrino—. Los legionarios estamos acostumbrados a la vida castrense, a

subsistir frugalmente, a conformarnos con muy poco, el honor es nuestro alimento y nuestro sustento.

—Vamos, vamos, todo es poco para congratular la labor tantas veces ninguneada de los funcionarios públicos —manifestaba Caius Trocina Synedemus.

Los Séviros habían reunido, entre todos, veinte áureos, el equivalente a quinientos denarios. La cifra era altísima: con quinientos denarios se podía comprar un esclavo, o cuatro burros. La decisión de entregarlo en áureos se tomó a efecto de que la entrega de veinte monedas en una bolsita pareciera menos grave. Pero durante el banquete, los séviros se dieron cuenta de que, aunque de todo el mundo era bien sabido el altísimo nivel de corrupción del cuerpo de *frumentarii*, proponerle un soborno a un individuo incorruptible podría producir el efecto contrario. Podría ser motivo de denuncia, lo que sin duda les acarrearía muchos más problemas.

Los séviros salían de dos en dos del *triclinium* y comentaban entre ellos el cariz irresoluble que estaba tomando la situación.

—Creo que tengo una alternativa. Epictetus asegura que él sabe muy bien como corromperlo y cómo manejar esta situación sin levantar sospecha —dijo Lucius Pedanius Euphron—. Mi esclavo es ciertamente astuto, afirma que ya ha jugado con él varias veces a los dados y que conoce sus puntos débiles.

Y así, mientras las esclavas más risueñas servían al legionario, huevos con queso y miel, se le manifestó la posibilidad de que el esclavo Epictetus pudiera acompañarle a realizar su labor. Para disponer de él en la medida que pudiera necesitarlo o simplemente para hacer menos tediosa su estancia en el subterráneo. Las dependencias profundas del *horreum* eran tan oscuras, húmedas y desapacibles, que la compañía del esclavo haría menos sufrido su trabajo.

De vuelta a la La Hora Nona

En la sala de entrada una pequeña tarima servía a la propia Híspala para exhibirse. El movimiento de su ombligo dejaba hipnotizados a los hombres. Híspala era *lupa*, bailarina y contadora de historias, *cymbalistríae*. De

origen bético, presumía de ser descendiente de la mismísima Híspala Fecenia, la misma que fue causante del asesinato de más de siete mil personas. Y así contaba la historia de su supuesta tatarabuela, mientras agitaba las caderas y hacía mímica.

—El Jovencito Ebucio, de alcurnia del ordo equestris, era amante de mi antepasada, una liberta de muy buen ver, ¡la cortesana Híspala Fecenia! —al decir el nombre de su tatarabuela, movía la cadera a velocidad vertiginosa y continuaba con la historia—. Cuando la familia del chico decidió iniciarlo en el culto a Bacco, mi antecesora, celosa y temerosa de perderlo, le dijo que ella sabía bien del culto a Bacco y que se vería obligado a todo tipo de bajezas morales —Híspala abría los ojos como platos y se ponía las manos sobre la cara con los dedos abiertos, como sin querer ver, pero mirando—. El chico asustado rehusó la iniciación. Lo contó a su tía, la anciana Ebucia, quien le recomendó informarse con el cónsul Espurio Postumio Albino y atenerse a su consejo —aquí, ponía las manos delante como si fuera llevada presa—. Previa promesa de protección mi tatarabuela confesó ante el cónsul. Que al principio fueron solo sacerdotisas mujeres, que se reunían tres veces al año, que si luego la sacerdotisa de Sicilia fue quien inició a los hombres. Y entonces se reunían cinco veces al mes, que hacían prácticas vergonzosas entre hombres y mujeres o solo entre hombres, sin que hubiera delito o inmoralidad que no sucediera en aquellas reuniones —Híspala, haciendo todo tipo de aspavientos, imitaba los bailes seductores de las bacantes y se toqueteaba el cuerpo.

Desde abajo el público asiduo, que conocía la historia de memoria, golpeaba las mesas con las manos y le incitaba, sigue, sigue, *bacchanalia*, *bacchanalia*, *bacchanalia*...

Y como sucedía siempre, Híspala continuaba:

—Los que se negaban a someterse al ultraje eran inmolados. Los hombres, poseídos, hacían vaticinios entre frenéticas contorsiones corporales; las matronas, con los cabellos sueltos, corrían hasta el Tíber con antorchas prendidas y las sacaban del agua con las llamas intactas porque contenían azufre vivo y cal. Eran una multitud, entre ellos hombres y mujeres de la nobleza. Se captaba sólo a los menores de veinte años, los “más permeables al engaño y la corrupción” —Híspala se detenía en seco y ponía cara de terror, llevándose la mano a la boca—. El cónsul,

Postumio, se decidió a intervenir. Y ante el Senado, agitando el espectro de la juventud ultrajada, de las matronas desinhibidas y de los varones presos de la lujuria. Consiguió que se aprobara un decreto de pena capital contra la “impía conjura” y los adeptos a esos “cultos extranjeros”, “hombres embrutecidos, afeminados, corrompidos y corruptores, embrutecidos por las vigiliás, el vino, los bailes y los gritos nocturnos”. Y con ese discurso consiguió algo impensable en Roma; aplicar la pena capital decretada por la práctica de un culto religioso –aquí detenía el ritmo frenético de su cadera, ponía carita de inocente y añadía–. Y todo, todo, todo, por mantener las alegrías del coño de mi tatarabuela.

El público, encantado, estallaba en carcajadas.

Terminado el numerito de baile. Híspala se sentó en la mesa de Tántalo y se pusieron a comentar las novedades.

–En la barriada de los pescadores están preocupados –comenzó Tántalo–. Me ha pedido Indalecia que te lo comente y que tú y las chicas deberíais tener los ojos bien abiertos y ver de qué os podéis informar. Por cierto, ¿sabes que el numerito que tienes teatralizado fue una campaña de persecución con maquillaje legal y parece ser que fueron siete mil los ajusticiados en Roma y provincias? Esa historia tiene más de doscientos años, pero es real.

–Claro que lo sé, por eso la canto y bailo, para que no se olvide.

–Eso fue lo que todos conocemos como un montaje para justificar un acoso. No estás diciendo, querida Híspala, que tu antepasada Híspala y su amante Ebucio recibieron cada uno cien mil ases de bronce, en pago por su confesión, llámale confesión, llámale traición –señaló Tántalo–. Tampoco, que a día de hoy, el culto a Baccho, es uno de los más practicados y que todo el mundo sabe que las *bachannalia* en su honor, son prácticas inofensivas de culto a la agricultura, la vid y la fertilidad. Se trató de una campaña de odio similar a la que ahora se practica con los cristianos, una matanza religiosa de las que son de utilidad para mantener los límites del Imperio bien definidos.

–Veamos, Tántalo –comenzó a hablar Híspala, con el gesto muy serio–, me has hablado de las preocupaciones que han surgido en el barrio de los pescadores. ¡Bien!, pues mucho peor que eso, han extendido el rumor de que un cristiano y un individuo con aspecto de peregrino, se andaban jac-

tando en la taberna de Leandrus Optimus de ser los autores de la pintada. Lo que tu llamas preocupaciones de barrio, tienen ya culpables instituidos. Y por la parte que te toca yo de ti pondría los pies en polvorosa o me plantearía algún tipo de acción, para resolver el problema.

Tántalo se había quedado pasmado, en un momento entendió que él y Pax eran los sospechosos perfectos y que frente a una eventual represalia también eran las víctimas propiciatorias.

–Creo que deberías ir al lupanar de Barcino, a la Casa de las Delicatae, te enviaremos con alguna excusa –dijo Híspala–. Te harás el encontradizo con el especulador e intentarás atraerlo hasta aquí, podrías tentarle con grandes placeres. Una vez que lo tengamos aquí yo ya sabré como sonsacarle, eso dejádmelo a mí.

–Olvidas, Híspala, que yo no puedo entrar en la ciudad –dijo Tántalo.

Ciertamente era así, en su condición de liberto dediticio, a Tántalo le estaba prohibida la entrada en la ciudad.

–Ya lo tengo todo pensado, tu déjame hacer –dijo Híspala–. Mañana son las *Minusculae Quinquatrus* de las Quinquatros Menores, entrarás en la ciudad con los tibicines, disfrazado de mujer.

Léntulo en el horreum de Barcino

Léntulo y el esclavo Epictetus bajaron por el Decumanus Máximo en dirección al puerto. Fueron recibidos por el *praefecto* y entraron en los almacenes a la hora acordada. En primera instancia se realizó la visita de la parte de almacén de grano destinado al abastecimiento militar. Léntulo iba apuntando en su tablilla y de vez en cuando comentaba:

–Correcto, correcto, ¡perfecto!, tal y como debe ser.

Epictetus se sorprendió, al ver que hacía varias objeciones sobre la altura de la tarima de madera del suelo, a efectos de una mejor conservación de los alimentos, así como sobre la disposición y grosor del empedrado del pavimento. Se dijo a sí mismo que el frumentario no era tan imbécil como a todas luces parecía y que con seguridad era un experto en las cuestiones estrictamente reducidas a su responsabilidad laboral.

–Debo felicitarle por sus conocimientos –dijo–. Me ha dejado usted asombrado. Los séviros hace años tuvieron el proyecto de enviarnos a varios jóvenes a Tarraco. La idea era que pudiéramos aprender de las diferentes disciplinas de los soldados de las legiones. Ahora veo claro los beneficios de esa propuesta, viéndole a usted ejercer su oficio he aprendido la correcta ordenación de los horrea su limpieza y disposición. ¡Qué maravilla! Los séviros planearon ese proyecto pedagógico, para mejor cumplir con las disposiciones del Cesar. Pero no pudo realizarse, el ejército no dispone de medios para dedicar a la enseñanza, es difícil enmarcar en la finanza castrense la enseñanza a los privados. Y sin embargo ¡es tanto lo que tenemos que aprender!

–Claro, claro –dijo Léntulo– ya he visto que los séviros, como no podía ser de otra manera, son gente de orden y fieles cumplidores de los mandatos de Domiciano.

–En verdad, Licinio Secundo no ha querido otra cosa que propiciar la posibilidad de mejorar la vida de los legionarios... ainschhh... Lanzó un suspiro de disgusto, acompañado por un estudiado silencio. ¡Cuántas veces su patrón Lucius Licinius Sura le ha conminado a utilizar sin reparos los medios derivados de sus bienes, cuando tuviera oportunidad! –Epictetus comenzaba a desplegar sus capacidades teatrales.– ¡Qué decir del sacrificio de su patrón!, el abnegado Lucius Licinius Sura, *cónsul suffectus* de Roma, y valeroso militar. Que ahora mismo está cumpliendo su deber para con el ejército del Imperio. Dejando la gestión de sus ricas propiedades en las manos de su liberto. Siendo tal el nivel de confianza, que podría decirse que, más que cliente por adopción, les unen lazos familiares, como si fueran de sangre. Licinio Sura, hombre realmente admirable, que antepone el servicio al Imperio y delega confiadamente. Mientras él se halla dirigiendo con honor la gloriosa *Legio I Minervia* creada por nuestro emperador “*Dominus at Deus*”. Quien sabe si ahora mismo, arriesga su vida en lucha contra los horrendos catos de Germania.

Epictetus había ido subiendo el tono dándole un aire teatralmente glorioso, entre suspiros y silencios. Maneando la cabeza y con los ojos puestos en un punto infinito dijo como si expresara para sí mismo, toda la admiración.

–Esa Legión que por sus glorias acaba de obtener de la gracia de nuestro emperador el sobrenombre de “*Pia Fidelis Domitiana*”.

Y aquí, Léntulo se había cuadrado con la barbilla apuntando al techo.

–Y así su liberto Lucius Licinius Secundus, tiembla de la emoción siempre que puede corresponder con el ejército. El patrón Lucius Licinius Sura, dejó la orden de disponer a las legiones siempre el mejor de los tratos. Y aportar siempre que fuera posible nuestra colaboración ya fuera personal o monetaria –aquí, dejó un chasqueo de la lengua entre la lástima y la piedad–. ¡Pobres mis patrones!, ¡simples libertos!, no les es fácil, cumplir las órdenes. Lo intentan con cualquier pequeño detalle altruista, con un simple banquete de agasajo, con el ofrecimiento del pobre acompañamiento de este fiel esclavo. Ojalá hubieran podido decirle a su patrón con orgullo que han podido donar una aportación económica al ejército.

–¡Como he podido ser tan desconsiderado! ¡No tengo disculpa!, ¡y es que algunas veces a los militares nos falta sensibilidad para apreciar este tipo de cosas! Por supuesto aceptaré el donativo, en el nombre de la Legión y de sus soldados. Y lo entregaré a la prefectura de Tarraco.

Cuando Epictetus relató la entrega de la bolsita y cómo el legionario la había guardado bajo su túnica, los séviros tenían una suave expresión condescendiente. Pero al repetir la última frase dicha por el frumentario en sus ojos se leía un tembleque de parpados.

4 CAPITULO

“LOS COMEDORES DE PAN”

*iam pridem, ex quo suffragia nulli
uendimus, effudit
curas; nam qui dabat olim
imperium,
fasces, legiones, omnia, nunc se continet
atque
duas tantum res anxius optat,
panem et circenses.
Aquinatis Satirae, (X,77-81)
Decimus Iunius Iuuenalis*

*desde hace tiempo —exactamente desde que no
tenemos a
quien vender el voto—, este pueblo ha perdido su
interés
por la política, y si antes concedía mandos,
haces,
legiones, en fin todo, ahora se deja hacer y
sólo desean con avidez dos cosas:
pan y circo
Sátiras X, 77–81, Décimo Junio Juvenal*

Los romanos plebeyos y gentes de condición humilde se alimentaban básicamente de *puls*, unas gachas espesas de cereal cocido. El pan constituía la fuente de alimento por excelencia, sin embargo no estaba al alcance de todo el mundo. Los griegos eran quienes salvaguardaban el secreto de fabricación del pan; los romanos los llamaban *Pistores* y al arte de hacer pan, *ars pistorica*. Los griegos, despectivamente, llamaban a los romanos “los comedores de pan”.

De una forma u otra, lo cierto, es que la necesidad de alimentarse era perentoria al común a los mortales.

El *frumentarius* visita el lupanar

Léntulo Reburrrino se levantó al despuntar el alba y acometió sus ejercicios para mantenerse en forma, hizo doscientas flexiones en la habitación de la *caupona* y después salió a correr por los caminos. Terminada la sesión de ejercicios que todo militar debe realizar cotidianamente, se aseó y vistió como un plebeyo. Camuflado de persona corriente salió de a la calle con el objeto de ir a investigar al suburbio. Callejeó por las calles de Barcino, que despertaba a la actividad matutina. Atravesó la *Porta Principalis Dextra* y encaró por la *Vía Augusta*, se cruzó con varios carros cargados de músicos y gentes de la farándula. Los *tibicines* más madrugadores le silbaban desde sus carromatos y le lanzaban piropos. Giró por el primer desvío a la izquierda, tal como le habían indicado, hacia el lupanar “la Hora Nona” y divisó los pobres edificios que lo conformaban.

Marciana la *fellatrix*, que estaba tendiendo ropa en el patio, le salió al paso.

—No se abre hasta la hora nona, por la mañana estamos en nuestros asuntos privados, fuera de horario laboral no atendemos. Aunque, a lo mejor, podría hacer una excepción —dijo poniendo ojos golosos a aquel personaje que tenía las hechuras de un armario ropero.

En ese momento cayó en la cuenta de que aquella complexión fornida del forastero cuadraba con un militar. Probablemente se trataba de uno de los tan mencionados enviados de Roma de los que todo el mundo hablaba. Entró en pánico y a tropmicones comenzó a desdecirse.

—Porque, “quizás”, es como “tal vez” y se parece bastante a “a lo mejor”, pero sin ser lo mismo. Me vengo a referir, que hay unos horarios laborales, que son los nuestros, los que aplicamos, que nosotras los decidimos, menos cuando decidimos que quizás queremos decidir otros. ¿Me entiende? —dijo chillando a volumen altísimo.

—No, la oigo muy bien, no es necesario que grite. Pero no la entiendo. Aunque yo venía buscando...

—¡Buscando!, ¡buscando!, ¡claro!, ¡nos ha fastidiado!, ¡todo el mundo viene buscando! Por eso mismo le estoy diciendo que tenemos un horario, que a lo mejor lo alteramos, pero que en cualquier caso, tener horario, lo que se dice tener horario, lo tenemos —gritó como si Reburrrino fuera sordo

y ella tuviera motivos para estar muy ofendida—. Voy adentro a decirle a la encargada, a ver qué podemos hacer por usted, aunque no le garantizo que podamos atenderle. ¡Espere aquí, ni se le ocurra moverse!

Y con la cesta de la ropa en la cadera se metió en el lupanar con gesto airado. En cuanto atravesó la puerta soltó el cesto al suelo y comenzó a llamar:

—¡Hispala!, ¡Hispala!, ¡tenemos un problema!, alertad a Tántalo.

Las chicas ya sabían que algo sucedía, alarmadas por los gritos de Marciana. Hispala había visto desde el portalón de la cocina la escena y sabía que por la descripción del individuo, sin duda se trataba del *frumentarius*.

—Ese viene a por Tántalo —masculló con cara de preocupación.

—Deberíamos decirle que han venido a buscarlo, es necesario que pueda huir, que tenga tiempo para esconderse —dijo la *fellatrix*.

—Déjalo, es mejor que no sepa hasta qué punto está en peligro, hoy entrará en Barcino y precisamente allí es donde nadie irá a buscarlo.

Hispala hizo subir a las chicas al *cubiculum* en que había dormido Tántalo, les pidió que lo entretuvieran y que no se les ocurriera decir lo que estaba pasando. Mientras ella y Marciana volvieron al patio a deshacerse de Léntulo.

—Buenos días —dijo Hispala al legionario—. Abrimos a la hora nona.

—Verá usted, el caso es que no estoy interesado en sus servicios. Vengo buscando a dos individuos, un rebelde y un cristiano que...

En ese momento, al comprender que Pax también se hallaba en peligro, Marciana sintió que se mareaba y perdía la visión. Y al momento cayó desvanecida en el suelo.

—Veamos, ¿nosotras que le hemos hecho? —dijo Hispala—. A ver, ¿qué le hemos hecho? ¡No son maneras!, ¡Es usted un insensible! ¡Cómo puede decir que nuestros servicios no le interesan! ¡Está usted tratando con mujeres de la cabeza a los pies!, si a usted no le interesan las mujeres, pregunte si tenemos servicios con varones, con eso bastaba, ¡no hacía falta insultar! Esta pobre chica tiene un grave mal, que le produce sordera alterna es por eso que chilla tanto, ahora chilla, ahora no chilla, ahora oye, ahora no oye. Y por si esa desgracia fuera poca, va usted y añade que no le interesa. Que a la sorda no la quiere, que solo por ese pequeño defecto ya no le interesa. ¡Qué mala educación!

–Yo no quería ofenderlas. Verá me refería a que yo....

–Yo, yo, yo y solo yo. ¿Es que usted no sabe que hay mundo fuera de su propio ombligo? Yo de usted me marchaba y continuaba mi camino, aquí ya ha hecho bastante daño por hoy –Híspala estaba tan metida en el papel, que tenía los ojos anegados en lágrimas–. ¡Marciana!, ¡Marciana!, ¡despierta preciosa!, cariño, despierta.

Léntulo estaba indeciso, no sabía cómo reaccionar. Hizo amago de intentar agacharse para atender a Marciana. Pero, en ese justo momento, la *fellatrix* soltó un chillido agudísimo y Léntulo sorprendido echó a correr unos metros. Híspala, abrazaba a Marciana, que seguía chillando a todo volumen como una chiflada, mientras con la mano le hacía a Léntulo el gesto de, “ande, ande, no empeore las cosas”. El legionario tomó la decisión de marchar, de volver al lupanar a la hora nona, de llevarle a Marciana algún detalle y de pedir disculpas por su torpeza.

Tomó el camino hacia la villa romana, según sus informaciones Pax trabajaba allí. Cuando llevaba un rato andado, tuvo que apartarse para dejar pasar un carro lleno de flautistas. Un charco hizo que la rueda saltara en bache, mientras salpicaba de barro sus sandalias. Desde arriba del carro una “matrona” con un inmenso bigote le guiñó un ojo pasándose ostentosamente la lengua por los labios. Reburrito continuó su camino rojo de timidez y vergüenza.

Tántalo en las *Quincuatros Menores*

Las *Quincuatros Menores*, en los idus de junio, día 13, era la fiesta de los flautistas. Era la festividad apropiada para que Tántalo pudiera entrar en Barcino sin ser descubierto. En ese día los *tibicines* iban disfrazados y era fácil pasar desapercibido.

Tántalo se levantó temprano, se lavó y se dispuso a emperifollarse. Primero se colocó la *indumenta*, la ropa interior, que usó estratégicamente para disimular su sexo. Se puso un *subligar*, un tipo de calzón que sujetó bien apretado. Híspala le había dejado un *stropium*, un sujetador que rellenó con tela hasta darle un buen volumen. Se acomodó la túnica que sujetó

bajo los falsos pechos con una cinta y sobre ese conjunto y aprovechando para mayor camuflaje, la *stola* y la *palla*.

Las chicas entraron en la habitación, con los postizos de pelo rizado y rubio del fondo de armario del lupanar. Regocijadas, acicalaban a Tántalo juguetonas concluyendo con un rojo intenso sobre sus labios, para simular su aspecto al de una mujer.

Desde el camino de la villa romana venía el vehículo con los *tibicines*, disfrazados y maquillados con sus mejores galas, tocando y cantando. Pararon en el lupanar para recoger a otro *tibicin*, que mal disimulaba su cara de resaca tras sus labios rojos. Tántalo se acercó a la carreta y una matrona bigotuda que llevaba escrito en su túnica *De dea noveritis mundi* (“Diosa de lo limpio”), saltó del carro y le extendió la mano teatralmente.

–Señora, su *carruca* le espera.

Tántalo subió, delicadamente al carro y se acomodó entre los músicos. Los tibicines tenían instrucciones de Híspala de esconderlo y protegerlo dentro de sus posibilidades.

Léntulo en la villa romana

Léntulo se acercó hasta la villa romana. Los chiquillos le habían visto llegar por el camino y habían avisado a las mujeres de la cocina. Entre varias, sacaron a Pax de su *cubiculum* y le tiraron al suelo, poniendo sobre él una montaña de ropa que tenían para lavar y remendar.

Léntulo se asomó por la puerta.

–Buenos días señoras, ando buscando a un cristiano al que llaman Pax. Me han dicho que aquí podrían indicarme dónde encontrarlo.

–¿Un cristiano?, ¿en Barcino?, ¡uy!, ¡qué cosa tan extravagante! Y dígame, ¿ese cristiano es de Judea? –dijo una de las mujeres con gesto interesado–. Se lo comento porque hace unos años sí que anduvo por Barcino uno de aquellas tierras ignotas. Aunque, la verdad, no sabría decirle cuál era su religión.

Léntulo hizo amago de contestar, pero otra mujer se adelantó a su intervención.

–No hace mucho, también comentaban que un esclavo galo había abrazado esa extraña fe sectaria –interrumpió otra de las mujeres–. Aunque dicen que al poco tiempo le vieron tocando los címbalos con las bacantes y poco después tocaba el tympanum en las celebraciones de Cibele y parece ser que posteriormente...

–¡No, no, no, no!, ese que dices, no es ni galo, ni esclavo –atajó otra, levantándose y colocándose delante del *frumentarius*, dándole la espalda abiertamente–. Ese que dices era el hijo de Aurelia Póstuma.

–¿Si?, la verdad que me extraña, no lo creo. El hijo de la señora Póstuma era, efectivamente, un tanto místico, rarito y aficionado al baile. Pero alguien me contó que había marchado el año pasado con una panda de cómicos y que andaba de aquí para allá con su espectáculo –añadió otra de las señoras.

Léntulo no podía hacer ninguna observación aclaratoria. Con el dedo índice alzado y la boca abierta a punto para intervenir, era constantemente interrumpido por el parloteo de las obreras de la Villa.

–El esclavo galo al que os referís, no sé si era cristiano, pero anduvo un tiempo intentando tener relaciones con la esclava de una vecina mía de Barcino.

–¿Qué me dices? –exclamó otra de las obreras–, ¿es aquel que decían que cantaba en su portal? Que el dueño de la domus estaba frito de tanto canturreo arrebatado de día y de noche.

–Cuenta, cuenta –decía otra–. Esos bárbaros se las saben todas, son encantadores.

Pax, debajo del montón de ropa sobre el que sentaba una de las obreras, sintió que se estaba quedando sin respiración. Afortunadamente, Léntulo estaba bizqueando ante el parloteo de las mujeres y sabiendo que esas charlas femeninas podían extenderse hasta el infinito sin resultado de provecho, se despidió educadamente sin que nadie le prestara la mínima atención y marchó por el camino a continuar investigando.

Cuando destaparon a Pax estaba pálido y aspiraba aire a grandes bocanadas con sonidos estertóreos, hasta el punto, que tuvieron que tirarle una jarra de agua por encima para reanimarlo.

Tàntalo entra en Barcino

Por el camino, Tàntalo, preguntó a la “matrona” bigotuda si sabía el motivo por el que los *tibicines* tenían un día de festividad en exclusiva:

–Si los artesanos y oficios celebran en las fiesta de Minerva, las *Quinquattro* en marzo, ¿por qué los flautistas tenéis otro día exclusivo en Junio y porque vais disfrazados? –preguntó interesado.

–Es mediante las *secessio plebis* que se han conseguido tantas cosas importantes en cuestiones de derechos, imagino que en esto estás de acuerdo. Ya hace siglos, cuando la lucha entre *ecuus* y *volscos*, los plebeyos hicieron una *secessio* y decidieron que fueran a batallar los interesados en el conflicto que tuvieran algo a ganar. Plantaron a los patricios y los dejaron solos a hacer frente a la guerra, obviamente les tuvieron que conceder la eliminación del artículo de la ley romana por la que un deudor pasaba a ser esclavo de su acreedor –comenzó a explicar la matrona.

–Y así durante siglos, en el eterno conflicto entre patricios y plebeyos. El eterno: ricos y pobres –sentenció Tàntalo.

–Exacto, pues así durante siglos y *secesio* a *secesio* se ha conseguido: la *concilium plebis* (asamblea plebeya) o los dos *tribuni plebis* (tribunos de la plebe). La *secesio* forzó a los nobles a aceptar la ley escrita y posteriormente el matrimonio mixto entre patricios y plebeyos y así un largo etcétera.

–Sí, lo sé.

–Bien, pues los tibicines conseguimos esta celebración con una *secessio* –dijo la matrona–. Se dio el caso de que en Roma nombraran un equipo de censores bastante “castos”, fueron los tiempos de las ordenanzas de limitaciones en la indumentaria de las prostitutas y las ordenanzas de sobriedad en los cortejos fúnebres. Así fue que pretendieron limitar a diez el número de tibicines en los funerales. Además se les ocurrió que era un privilegio excesivo que fuéramos los únicos agasajados con el banquete en el templo de Júpiter. Bien, pues aquellos tibicines de la época se largaron al Tibur y dejaron a los romanos sin música en las liturgias, ni en los honores militares, ni en los juegos del circo, ni en las pompas funerarias... Como todo el mundo sabe, menos los castos censores, es imposible vivir sin música. Inmediatamente enviaron mensajeros para negociar, pero el colectivo de *tibicines* estaba tan borracho aprovechando esos días de ocio, que di-

ieron que no, que no tenían tiempo para negociar, que estaban de fiesta. Los enviados a las negociaciones volvían sin resultados, se estaban volviendo locos, sin encontrar la forma de convencerlos. Así que finalmente les tendieron una trampa, dijeron que les halagaban con una celebración, al amanecer, cuando estaban todos borrachos los metieron en carros y los dejaron en el centro de Roma. Dicen que por la mañana el foro estaba a rebosar de *tibicines* borrachos vestidos de mujer. Y por cuenta de aquello nos devolvieron el derecho al banquete y al número de músicos a voluntad del contratante en las honras a los difuntos.

–¡Corcho!, que historia tan apasionante –exclamó Tántalo, encantado.

–Además de este gran triunfo, no sé por qué tipo de negociación o lo que habría bebido el negociador, se consiguió un día de festividad en exclusiva dentro de las fiestas menores obreras de Minerva. Las *Quinquatrus Minores*, algunos graciosillos a este día concreto le llaman el *Quinquatrus Minusculae*. ¡Lo que hay es mucha envidia! –finiquitó la matrona poniendo cara de repipi indignada.

De historia en historia llegaron a la *Porta Principalis Dextra* y la atravesaron; Tántalo, con su preciosa indumentaria, pasó totalmente desapercibido.

El legionario en la taberna de Leandrus

A la par que Tántalo salvaba el escollo de la muralla, Léntulo Reburriño había llegado frente a la puerta de la taberna en la que, según Epitectus, podrían andar fraguándose conatos de rebeldía.

La chica de la taberna de Leandrus Optimus vio entrar al *frumentarius* por la puerta y sintió que sus más negros presagios se convertían en cruda realidad. Le recibió entre homenajes; por experiencia, sabía que el trato que más gustaba a la gente del ejército era el de la mujer educada y gratamente impresionada por el hombre valeroso. Hizo de tripas corazón y con la mejor de sus sonrisas abundó en halagos.

–Debe estar usted cansado, ¡con este calor!, siéntese a refrescarse, de inmediato le sirvo una copa de nuestro mejor vino. Desde la ventana le he visto llegar con su figura imponente y he pensado, por ahí viene un

servidor de la patria. Y si usted no es militar, seguro que practica otro oficio igualmente honorable. Pero si ese es el caso, ¿no ha pensado usted en alistarse en las legiones?, es el máximo honor que un hombre de su talla puede ofrecer a Roma. Perdone usted, quizás me estoy inmiscuyendo donde no me llaman, pero ha sido verle y recordar las conquistas del mismísimo Julio Cesar.

Léntulo se sentó a la mesa, delicadamente, como si acabara de encontrar el Paraíso y le diera miedo romperlo. La perra blanca de la tabernera aposentó su culo en el suelo frente a él, barriéndolo suavemente con un vaivén feliz de su cola. Con el cuello erguido y ojos brillantes de admiración, clavó su mirada en Léntulo, mientras sus belfos se plegaban tirantes es las comisuras. Quedando su hocico con una mueca tensa que le daba el aire de estar sonriendo. La chica le dedicó una mirada plácida de aprobación en la que podía leerse, ¿ni se te ocurra jadear, este majadero no soportará tu aliento canino!

—Efectivamente soy un servidor del Imperio, es usted muy sagaz —y bajando un poco el tono argumentó—. Pero se da el caso que estoy en misión secreta, así que no puedo descubrir mi condición. Si lo hiciera, dejaría de ser secreta, ¿comprende usted?

La chica de la taberna estaba anonadada, aquel necio era todavía más imbécil de lo que había imaginado.

—Ando buscando a dos asiduos de su taberna, se les conoce como Tántalo y Pax —dijo el legionario—, me han informado de que son subversivos y podrían llamar a la insurrección. Uno de ellos profesa la fe cristiana.

—Tántalo, Tántalo, Tántalo —la chica, con el codo en la mesa y la barbilla sobre la mano, murmuraba el nombre mirando el techo pensativa—. La verdad, no me suena. Ya sabe usted, pasa tanta gente por las tabernas. Voy a preguntar al dueño, espere un momento.

Y se levantó, metiéndose por una puertecilla hacia las entrañas del local. Dentro, Leandrus había seguido todos los acontecimientos con atención.

—Tranquila, déjame a mí —le dijo con calma, mientras continuaba inmerso en sus quehaceres.

—¿Qué hacemos? —preguntó la chica compungida, frotándose las manos nerviosamente en el delantal.

—Poner a prueba su paciencia.

Había pasado una hora y media y la perra seguía frente al *frumentarius*, con sus ojos hipnotizados clavados en él y su rictus sonriente. Si no fuera por el lento movimiento de su cola hubiera parecido una figura de mármol. Pasaba el tiempo y Léntulo comenzaba a sentirse incómodo, no le gustaban los animales, con el pie le dio una patadita para que se alejara. La perra, sin pestañear, se acercó todavía un poquito más y continuó mirándole quieta y embelesada. Otra hora después Leandrus salió de la trastienda.

—Discúlpeme usted, me he retrasado con unos asuntillos. Me dicen que anda buscando a unos facinerosos. No suele venir por aquí ese tipo de gente, no entra quien no puede pagar —dijo Leandrus—. Esa gentuza, que vive de la compasión ajena, no son bienvenidos en mi casa. Le diré, por experiencia, que en el suburbio sabemos muy bien como librarnos de esos tipejos y que es muy probable que estén hace tiempo llamando a las puertas del Averno. Quizás los libitinarios sean los últimos en haberlos visto. ¡Oh!, pero ya ha terminado usted su vino, voy a llamar a la chica para que le sirva otro, espere un momento.

Otra hora después, tras haber visto pasar entre sus ojos y los de la perra incontables cantidades de moscas, Léntulo se levantó, tosió y carraspeó con todo el volumen de que fue capaz, pero aun así la taberna continuaba desierta. Decidió que lo mejor era marchar y buscó bajo su túnica, apartando a un lado la bolsita del donativo al ejército y buscando en la suya hasta encontrar una moneda *quadrans*, que dejó sobre el mostrador.

Desde la ventana del piso superior la chica le vio marchar justo cuando comenzaba a pensar que la paciencia de los tontos era infinita.

Tántalo en Barcino

Tántalo pudo pasearse por las calles de la ciudad sin levantar sospecha, se regodeó de la situación, decidiendo hacer un largo vericuetos antes de llegar a su destino. Los habitantes de mayor prestigio y élite de la ciudad, intentaban no dejarse ver por las calles. No fuera que pudieran verse envueltos en algún suceso que provocara su desdoro, se acercaban fugaces al altar provisional de Minerva y depositaban alguna figurilla de terracota, una cinta púrpura, o unas flores y marchaban con paso veloz. Barcino era un auténtico jolgorio y por las calles los *tibicines* se paseaban ebrios adornados con sus galas más estrafalarias.

Enfiló por el último de los decumanos menores, el que pasa más cerca de la muralla y se plantó en la “Casa de la Delicatae” con una cestilla que Híspala le había encomendado para entregar allí.

Léntulo entre el poblado de los pescadores y la cantera

A la par que Tántalo paseaba, Léntulo era paseado.

Al llegar al poblado de los pescadores preguntó por Indalecia, entre los pescadores la línea general era: o no sabe, o no contesta. Cuando ya comenzaba a desesperar, en última instancia, se topó con el clásico hablador que habita toda localidad.

—¿Indalecia?, sí, vive ahí —le dijo, señalando con el dedo una de las chozas de piedra—. ¿Es usted nuevo por aquí, verdad?, verás, se lo comento porque nadie entra en casa de esa fiera. Imagino que sabe usted que esa arpía maldita no es muy de fiar y suele organizar algún que otro altercado desagradable. Es una mujer de muy mal tratar, difícil de atender a razones.

Léntulo miraba de forma alterna a la casa y al pescador con gesto indeciso, en general no era especialmente diestro en el trato con las mujeres, pero ese día concreto comenzaba a superar todas las expectativas.

—Quizás yo pueda ayudarle —se ofreció el pescador.

—El caso es que ando buscando a dos individuos a los que llaman Tántalo y Pax.

—¡Ah, sí!, ya sé, esos dos malajes. Esos a veces van a trabajar a la cantera, por ahí por ese camino, si marcha usted ahora llega antes de que termine la jornada.

Léntulo emprendió el camino hacia la cantera, tras dar las gracias al amable pescador. Acometió el camino con alegría, con paso marcial, como si encabezara un gran ejército. Con entusiasmo iba tarareando las cancioncillas habituales de los legionarios de infantería.

Al llegar a la cantera, en el lado opuesto del monte de Júpiter, vio a los trabajadores y picapedreros ocupados en sus labores. Anduvo preguntando entre ellos sin que le hicieran mucho caso, mientras lo paseaban de uno a otro. Cuando se encaminó hacia Claudio y se presentó como enviado de Roma, comenzaba a estar ya un poco mosca.

—Es usted militar, ¿no es cierto?

—¡Corcho! me deja usted sorprendido de su clarividencia. ¿Cómo lo ha adivinado?

—¿Por sus condiciones físicas?, ¿por su paso marcial?, ¿por la cancioncilla que venía usted entonando? —dijo Claudio Seburano, para terminar sentenciando, con los ojos entornados— ¿Por qué me acaba de decir usted que es un enviado de Roma?

—¡Muy agudo!, ¡agudísimo!, en esta ciudad la gente es muy perspicaz, ¡es sorprendente! —dijo Léntulo, que tenía cierta facilidad para sorprenderse con aquello más obvio y anodino.— Venía a preguntarles por un individuo al que llaman Tántalo, un proscrito rebelde, y otro que profesa la religión cristiana, me han comentado que alguna vez trabajan por aquí.

Claudio se echó a reír.

—No, hombre, no. Cómo puede usted ver este es un oficio muy duro, no apto para gente de condición peregrina. Esos suelen ser zánganos que viven de un hurto aquí y otro allá. A esos nadie les hace contrata, porque en dos días la cantera los ha exterminado —negaba con la cabeza.

Léntulo tomó el camino de vuelta y regresó al poblado de los pescadores, había decidido que Indalecia era el referente en la información inicial que tenía y por tanto se encaminó hacia su casa aun a riesgo de exponerse a sus terribles iras.

La Casa de las Delicatae

Mientras, Tántalo llegó hasta las puertas de “La Casa de las Delicatae”, que por el día parecía una taberna corriente. A todas luces, a pleno sol no se ejercía la prostitución, el negocio aparentaba ser una casa de desayunos y almuerzos, una tienda de productos alimenticios, o tal vez una taberna fina.

La cestita que Híspala había preparado a Tántalo para entregar en casa de las Delicatae, iba cubierta con un trapito que hacía juego con sus vestido. Contenía unos cuantos frasquitos de potingues adornados con flores secas y ramitas verdes. Las chicas de la casa se pusieron a repasar los productos con satisfacción, había aceites de olor, pomadas coloreadas y pócimas afrodisiacas.

Desde la mesa del fondo, en el rincón más oscuro del local, se intuía una figura pequeña y enjuta. El especulador se camuflaba en la oscuridad que se fundía con su piel cetrina y observaba todo lo que estaba aconteciendo en la sala. Tántalo lo había captado nada más entrar, coincidía a la perfección con la descripción que de él le habían dado. Intentaba mostrarse provocativa y coqueta, sabiendo que el especulador creyéndose invisible no perdía detalle.

–Esta pomada se aplica directamente en la zona masculina, se frota muy suavemente, suave arriba, suave abajo, arriba y abajo, arriba y abajo –Tántalo gesticulaba contoneándose, poniendo voz femenina y aterciope-lada–. Este otro es aceite de olor, para que os lo frotéis vosotras mismas. Yo me lo suelo aplicar por los pechos, así muy lentamente, haciendo círculos en los pezones, a veces llamo a otra chica para que me lo extienda. Si el cliente prefiere mirar mejor que actuar, se puede...

–Buenos días señoras –dijo el especulador, acercándose y cortando la conversación–. Veo que no me han presentado ustedes todas las ciervas del rebaño, esta señorita me la tenían ustedes escondida.

El *carnifex* aprovechó el despiste para intentar pellizcarle el muslo.

–Uy, ¡que prieta! –manifestó encantado, mientras intentaba echarle los brazos al cuello–este es el tacto que a mí me gusta. Ven aquí, que lo pasarás bien.

–Déjame, tontorrón –dijo Tántalo huyendo con gesto pícaro–. Yo no trabajo aquí, ¿sabes?, estas señoras se enfadarían conmigo si te consintiera. Yo trabajo en La Hora Nona y si quieres jugar a la seducción, tendrás que ir al suburbio a buscarme.

–Iré a buscarte al fin del mundo –dijo, zalamero, el especulador.

–En el fin del mundo te espero –le retó tiernamente Tántalo saliendo por la puerta, mientras decía adiós con la “manita” y guiñaba un ojo.

El especulador de Roma encontró a Tántalo “deliciosa”; velluda como las mujeres íberas, aunque rubia como las germanas. Demasiado alta y grande para su gusto, aunque bien proporcionada. Desprendía un tufillo sorprendente, como de caracol de mar podrido, que atribuyó a parte de su encanto.

El *carnifex*, había decidido que iría a cazar aquella cierva donde fuera necesario. Por otra parte, ya estaba entre sus propósitos hacer una visita de inspección por el suburbio. Mañana sería el día ideal para acercarse.

Indalecia recibe a Léntulo en su casa

Desde la ventana había visto venir a Léntulo por el camino. Su cabeza era una ebullición de opciones para quitarse al *frumentarius* de encima. Ya tocaba a la puerta con fuerza cuando Indalecia se estiró el delantal con decencia, exhaló un profundo suspiro y abrió con la mejor de sus sonrisas.

–Buenas tardes, ¿qué se le ofrece?

–Vengo a consultarle el paradero de dos individuos...

Pero, pase. Pase usted, que ahí fuera hace un calor terrible –atajó, dejándolo con la palabra en la boca–. Supongo, que es usted comerciante. Por mi casa viene mucha gente a consultar sobre mis productos. Normalmente los han probado en Barcino y les han dado referencia de que aquí se pueden adquirir. Enseguida le preparo unas muestras para que pueda usted comprobar la calidad de las delicias de que hablo.

–Ya, pero verá, yo....

–Nada, nada, ¡Solo faltaba!, ¿no será usted vergonzoso? Hay que probar mi *garum* –decía Indalecia mientras le acercaba un platillo con trocitos de pan y pescado, impregnados con diferentes salsas.

Cuando enviaron al *frumentarius* a la cantera, le habían avisado del acontecimiento. Y sabiendo que en cualquier momento podía volver, había barajado la posibilidad de emborracharlo. No sabía si endosarle una ración de opio o si echarle cantárida afrodisiaca, dudaba de cuál sería la mejor opción. Pensó en que la tarde ya comenzaba a perder su brillo luminoso y que para cuando pasara por el poblado libitinario, el cementerio del mar y el bosque sagrado, la luz ambiente sería lo suficientemente lúgubre como para ver fantasmas. Inmediatamente tomó la decisión de endosarle una dosis en polvo de hongo del centeno. ¡Qué mejor opción que un alucinógeno en noche de luna nueva! Se acordó de las *Bustuariae*, algunas eran tan mayores y estaban tan ajadas que parecían las mismísima almas penantes a las que se negó sepultura. Puramente por maldad decidió agregar unas gotas de cantárida afrodisiaca. Cuando Léntulo llamó a su puerta lo tenía todo preparado.

Le puso sobre la mesa tres copas a rebosar de vino. Comenzó a explicarle cómo se fabricaba cada uno de ellos, mientras le instaba a ir echando tragos a modo de cata.

–La *Sapa* se hace con el zumo de la uva fermentado y se cuece hasta reducir un tercio. Para hacer el *Mulsum*, hay que dejarlo fermentar con miel y especias, después se cuece hasta reducirlo a la mitad. El *Defructum* se hace con uva negra muy madura, que se aplasta para sacar el mosto. Pruébelos, pruébelos. Con un poco de pescado con salsa *garum* podrá mejor apreciarlos.

–La verdad que en todo el día no he comido, le agradezco la atención.

–Nada, nada. ¡Solo faltaba! –decía Indalecia, sirviéndole más vino–. También le digo, que yo solo atiendo a los comerciantes por la mañana. Me molesta sobremanera que me vengan a molestar a estas horas. Así que ahora que ha probado mis productos ya es hora de que marche usted a su casa. Mañana de buena mañana, puede usted volver y le atenderé encantada.

–Me han dicho que trabajan con usted un liberto dediticio y un cristiano.

Definitivamente, Indalecia se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

–Trabajar lo que se dice trabajar, es mucho decir –afirmó con los brazos en jarras–. A ver si por el camino se topa usted con mi mano de obra, el

liberto rebelde y ese maldito cristiano. Son unos juerguistas, se juntan con la gentuza contaminada de las pompas fúnebres y aquí no hay quien trabaje. Si los ve usted, envíemelos aquí para que mañana hagan sus labores.

Y sin más, despidió al legionario, cerrándole la puerta en las narices.

Mientras tanto, en las calles de Barcino

Tántalo había salido de La Casa de las Delicatae con premura, agobiado por los envites groseros del carnifex. Como un perro faldero se había refugiado descaradamente a cobijo de la matrona bigotuda, dedicando una última mirada picarona al especulador. La matrona, por su parte, le había enviado al espía una mirada furibunda, acompañada de un gesto obsceno agarrándose con la mano entre las piernas sacudiendo con un meneo su prominente paquete.

Había acompañado a los tibicines al altar de Minerva, hacía tanto tiempo que no paseaba por la ciudad y se sentía tan seguro bajo su disfraz que estaba eufórico.

En Tarraco cualquier homenaje a Minerva adquiría proporciones elevadas. De la Tríada capitolina Juno, Júpiter y Minerva, esta última con diferencia era la más valorada. Tántalo pensó en que hasta en eso, Barcino era pobre con la diosa de las artes, en contraposición al culto a Mercurio y la mercuraria en los idus de Mayo; o tal vez, precisamente por eso, dado que Minerva era la diosa preferida del emperador Domiciano. Sea como fuere ese altar siempre lo había conocido como si estuviera en obras, siempre con carácter provisional.

Por las tabernas los tibicines bebían sin límite y podían verse escenas que de no tratarse de una fecha tan señalada hubieran sido censuradas sin contemplaciones.

Bebía por las tabernas como si fuera uno más de los flautistas. Saltaba recogiendo los bajos de la túnica, bailando y cantando, desinhibido como una moza juguetona protegida por la matrona bigotuda. Cada tanto hacía amago de ponerse a filosofar sobre las desigualdades sociales, pero de inmediato algún tibicin se ponía a cantarle y Tántalo acababa por tararear con voz melosa cualquier cancioncilla tierna y tontorróna.

Aquel día los ciudadanos de alcornia habían evitado los baños, la posibilidad de encontrarse en ellos con algún grupo de flautistas en plena celebración, los convertía en zona de alto riesgo. Como no podía ser de otra manera, el grupo de tibicines entre los que danzaba Tántalo caminaba con paso saltarín por el Decumano Máximo en dirección a las termas. Se turnaban a corderetas a un par de individuos que habían sobrepasado con creces su nivel de tolerancia al vino y que fueron los primeros en probar la temperatura del *frigidarium*.

Léntulo Reburrito en el poblado libitinario

Declinaba la tarde, cuando emprendió el camino paralelo al mar con idea de entrar a Barcino por la *Porta Decumana*, pensó que por aquel camino pasaba cerca del poblado libitinario. Era mayor su aprensión a los contaminados que sus ansias de investigar, pero quizás tuviera suerte y como había dicho Indalecia se topara con los facinerosos.

Sus pasos comenzaron a tornarse blandos, pero lo percibió como algo normal, el suelo arenoso y su cansancio después de todo el día de recorrer el suburbio estaban en el origen mismo de la blandura. Ese atardecer tenía una luz fantasmal, los árboles y el mar parecían de juguete, se le antojaban como objetos pintados que reverberaban a los rayos del ocaso. No podía dejar de sonreír y la blandura de sus pasos todavía le producía más carcajeo. Comenzó a cantar las cancioncillas de marcha de la legión, aunque ahora sí, se veía nítidamente escoltado por todo un ejército. No era una ensoñación como tantas veces reconocía en sensaciones unidas a los cantos victoriosos, era algo físico y real que percibía en su mente y su cuerpo. Cuando llegó a la altura del cementerio del mar, se dio cuenta que el resto de los soldados que le acompañaba eran en realidad los cadáveres andantes de todos aquellos a los que había quitado la vida en el campo de batalla.

Una mano se posó en su hombro y el corazón le dio un salto en el pecho. Al girarse, entre las cabezas sangrantes de los soldados, vio como surgía hermosa una ninfa del bosque.

–No hay manera, hija, está atontado perdido –dijo la prostituta *Bustuariae* a su compañera mientras agitaba las manos por delante de la cara del legionario.

–¡Madre mía! Y pensar que este es el tipo que tiene a todo Barcino aterrorizado –decía sorprendida la otra *Bustuariae* mientras le rebuscaba bajo la túnica, encontrando la bolsa de monedas.

Cuando las dos prostitutas vieron el contenido del pequeño hatillo de cuero, no salían de su asombro. Comenzaron a llorar de la alegría y a danzar como posesas.

–¡¡Son los lémures!! –exclamó sorprendido Reburrito.– Señoras Larvas, yo muy bien entiendo que vagan ustedes sin sepultura y que debe ser una situación bastante incómoda. No obstante, tengo buenas relaciones con personas importantes de Barcino. Me ofrezco a mediar por ustedes y solicitar una fosa o un *bustum*, tal cual sea su preferencia.

Cuando ya pensaba que tenía la solución se percató de que las *larvae* que originariamente habían parecido una ninfa, para transformarse después en un par de *lemures*, volvían a multiplicarse y adoptaban la forma de tres adorables ancianitas que se sentaron a su lado.

–Soy el hilo de tu vida –decía Nona.

–Soy la madeja que devana tu destino –decía Décima.

–Soy el cuchillo que cercena el hilo de tu vida y tu destino –decía Morta.

Un grupo de *fosores* que venían de enterrar a un desgraciado proletario, encontraron al *frumentarius* tirado en el cementerio. Los *libitinarios* llamaron a Onofre para darle noticia del insólito hallazgo. Cuando el jefe tanatopractor se trasladó al lugar, encontró al frumentario sentado junto a una lápida, con los brazos alzados y los ojos extraviados. Murmuraba una incesante letanía incoherente, mientras un hilo de baba le caía por la comisura de la boca. Onofre acercó el oído a sus labios para escuchar lo que decía.

–Soy el hilo de tu vida, la madeja que devana tu destino y el cuchillo que lo cercena –y volvía, una y otra vez, a repetir pausadamente–. Soy el hilo de tu vida, la madeja que devana tu destino y el cuchillo que lo cercena.

De pronto, reaccionó abruptamente con un fogonazo de lucidez y agarró a Onofre por el cuello.

—¡Mi preciosa reina axumita de azabache! —soltó, intentando meterle mano.

El bofetón resonó tan fuerte en el silencio nocturno, que lechuzas, búhos y murciélagos, quedaron mudos del sobresalto por unos segundos.

Los libitinarios estaban dubitativos ante las consecuencias que podía acarrearles la presencia del legionario. Finalmente decidieron que era peligroso que el frumentario se quedara por allí y lo cargaron sobre una *sandapila* con objeto de acercarlo a la ciudad. Ya veían la puerta decumana y ante la imposibilidad de atravesarla lo dejaron en la puerta de las termas, alguien lo encontraría tarde o temprano y lo entraría en Barcino.

Léntulo Reburriño y Tántalo en las termas.

Léntulo despertó al poco, las tres Parcas seguían sentadas a su lado hilando y disertando sobre las posibilidades del hilo y el destino. Se levantó y atravesó el portal en el que se encontraba, sin recordar cómo había llegado hasta allí y sin que su cabeza percibiera en eso una situación anormal.

Al entrar en las termas notó que el ambiente era extraño, en el *caldarium* un *tibicine* se sostenía haciendo equilibrios sobre una pierna. La otra la tenía alzada con el pie por detrás de la cabeza, mientras se sujetaba el tobillo a la altura de la nuca, con el talón tocando en la cocorota y con el rostro alzado hacia arriba, curvando la espalda hasta el imposible. Por la boca escupía un chorrillo de agua hacia el techo. Los otros que estaban sentados en torno a la piscina aplaudían encantados. Algunos se besaban entre ellos exponiendo su homosexualidad abiertamente.

La entrada de Léntulo en las termas provocó un revuelo de admiración. Consciente de su repentino protagonismo, Léntulo decidió que ese era su momento, el que había ensayado alguna vez en la soledad de su casa. Se puso a bailar sobre las teselas del mosaico, alzando sus brazos en enrevesados arabescos. Los tibicines redoblaron el número de instrumentos en ciernes y jaleaban entusiasmados, Léntulo estaba desenfrenado.

—En este momento o nunca —dijo la matrona bigotuda a Tántalo.

–En este momento sin dudarle un instante –contestó Tántalo.

Dispusieron cuatro tibicines en cabeza y formaron una procesión espontánea, que por experiencia de oficio cumplía la pompa más perfecta que jamás se hubiera visto. Léntulo, protagonista de tan improvisado protocolo estaba desatado.

Encararon dirección al puerto y recorrieron el dique. Los marineros aplaudían con entusiasmo. Los tibicines preguntaron qué barco zarpaba próximo. Quiso la suerte que el siguiente barco en zarpar fuera una nave de largo recorrido con dirección a Alejandría. Pagaron al capitán explicándole que estaban de despedida de su gran amigo y que les había encargado la gestión del pasaje. Acomodaron a Léntulo en la bodega de la nave y aprovecharon para hacerle beber unas copas más de vino, hasta sumirle en el sueño de los benditos.

Esperaron un par de horas en la embocadura del dique con el corazón en un puño. La actividad portuaria se puso en marcha, soltaron amarras y entre crujidos de los maderos el barco se separó del dique y comenzó a distanciarse. Seguían los tibicines las operaciones sin que se oyera entre ellos un suspiro. Al poco vieron izar la vela y con el viento a favor la nave se tornó ágil rompiendo las olas.

–Hasta nunca, frumentario Reburino –masculló entre dientes Tántalo.

–Las despedidas me ponen triste.

Cuando se giró hacia su matrona protectora, vio como dos gruesas lágrimas temblaban en sus mejillas.

5 CAPITULO

Indalecia había salido al camino a negociar una venta de *garum* con un comerciante de *Iluro* que cada dos meses se acercaba a su casa a comprar productos. Una vez que hubieron llegado a un acuerdo y cargada la compra en el carro del comprador, regresó al interior de su casa.

Cuando se vio sola en su cocina su cabeza comenzó a barruntar. Se le encogía el estómago cada vez que afrontaba la situación en que se encontraba. ¿Y si perdía a Tántalo?, ¿quién podría sustituirlo? Por mucho que repasaba el nutrido grupo de obreros que en ocasiones le ayudaba, no encontraba a ninguno que tuviera la independencia de Tántalo. Los conocimientos necesarios, ni eficacia suficiente en el trabajo, ni en quien pudiera depositar con tranquilidad toda su confianza.

Decidió que mantendría más templados sus nervios si asistía en primera persona al devenir de los acontecimientos. Así, que se colocó un manto por encima y emprendió el camino hacia el lupanar La Hora Nona.

El especulador sufre un accidente en La Hora Nona

El especulador había tomado rumbo hacia el lupanar de Híspala. A la entrada cambió sus *sestertius* por *Spintrias*, las fichas con valor en especie que se usaban en el burdel.

Todo el mundo fue consciente de su entrada, así que Híspala, fue rápida y solícita a camuflarle.

—Amigo, ¡cuánto tiempo sin vernos! —Y cogiéndole la mano le llevó hacia otra sala más íntima, mientras le decía.— Imagino que es usted nue-



vo en la ciudad; por aquí la gente es muy curiosa y dada a las habladurías, pero en mi casa no, aquí puede estar tranquilo somos gente que valoramos la discreción.

Ante la posible eventualidad de que acudiera el especulador, Híspala ya había preparado una habitación con las gemelas *Diobolaris*, que eran muy económicas y salían dos al precio de una.

–Fausta y Aquilina, presentó a las muchachas mientras apartaba la cortina. Y usted dice que ¿se llama? –pero tan solo obtuvo una sonrisa por respuesta.

Al salir de la estancia, se topó con Indalecia.

–¿Qué haces aquí? ¡Por Júpiter, que me hacéis las cosas cada vez más difíciles! ¡No nos pongamos nerviosas!, apártate a un lado y deja trabajar a las profesionales.

Había indicado a las chicas que debían incitar a la bebida al usuario. Las gemelas salían alternativamente del *cubiculum* e informaban a Híspala de una en una.

No hay manera, ¡que no quiere!, que dice que él tan solo toma agua –Aquilina había intentado todas las argucias para incitarle a la bebida, había maullado como las gatas, lamiendo el vino de la copa como un animal, mientras miraba con sus ojos grandes los del especulador, pero aquel hombre era pético.

–Que no, que cerveza tampoco le apetece –dijo Fausta saliendo por la puerta–, que solo tomará agua.

Hispala en la sala contigua, que hacía las veces de cocina y de taberna, preparaba una bandeja con copas y una jarra de agua fresca. Mientras, disgustada por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, mascullaba que si no se ocupaba ella misma de las cosas, no había nada que hacer.

Indalecia comenzaba a mostrarse impaciente agazapada en el pasillo. Detuvo a Fausta cuando volvía a entrar bandeja en mano y vertió un buen lingotazo de cantárida en la copa de agua.

Fausta entro con la bandeja, se estiró en el lecho y le ofreció con una sonrisa la copa de agua al interesado. El especulador, repanchingado copa en mano, se deleitaba a sorbitos viendo el jugueteo de las gemelas a sus pies. Pensaba en que después saldría a buscar a la misteriosa cierva que había visto en Barcino. Por un momento vio a las chicas borrosas y entre tantos pechos, piernas, culos, manos y dedos, dudó de si eran dos o cuatro. Fausta trepó culebreando hasta su oído.

–Dime tu nombre, cariño, me gusta saber con quién estoy en un momento tan íntimo –ronroneó Fausta con voz aterciopelada, arrullando entre sus brazos al cliente.

–Proculus Lascivius –balbuceó el *carnifex* que, como por arte de magia, se había vuelto manso como un corderito.

La gemela Aquilina salió a la puerta y dio la información a Hispala, ésta hizo entrar a Marciana la *fellatrix*, experta en su oficio. Marciana consiguió que Proculus bebiera vino, cerveza y hasta un destilado de frutas que tumbaba al más pintado; arrancándole la confesión de su oficio. Lictor con *fasces* como emblema de su poder militar, con hacha que le otorga licencia de *Carnifex*. A Marciana no había varón que se le resistiera, excepto Pax.

Al rato, del *cubiculum* comenzaron a salir aullidos lastimeros y un sonido de urgencia y barrullo. Cuando Hispala se asomó vio a las gemelas asustadas. Proculus había empezado a encontrarse mal y orinaba sangre en forma de fuentecilla, dado que su erección le impedía apuntar en la escupidera. Se sujetaba el vientre entre contorsiones, saltando por el habitáculo a la pata coja. Finalmente se estiró en el catre y tras varios espasmos violentos se quedó quieto. Para cuando quisieron darse cuenta,

yacía muerto sobre el lecho con una erección de tal magnitud que a pesar de sus años de experiencia, ninguna de ellas había visto nunca nada semejante.

No comprendían lo que había sucedido, algo había salido mal.

–Esta última remesa de afrodisíaco que me has traído está en malas condiciones, o te has pasado en el porcentaje –espetó Híspala a Indalecia.

–De ninguna manera, pongo mucho cuidado en mis recetas, aunque pudiera ser que cuando lo he vertido en la copa, haya querido asegurarme de la eficacia tirando largo.

–¡Nooooo!, ¿has echado tú también? Ya había dispuesto yo una buena cantidad desde la cocina –con los ojos exorbitados de espanto, Híspala, había comprendido que habían envenenado al especulador con una generosa ración doble.

Desde la lejanía comenzó a oírse el sonido de flautas, dando la caprichosa circunstancia un tinte tétrico inesperado a la escena. Aumentaba el volumen del sonido, mientras se mezclaba con las voces de coros ebrios y soeces, transformando en tragicomedia el solemne momento. Salieron al patio y vieron recién detenido el carretón de los tibicines. Descendiendo a saltitos, un Tántalo, feliz y risueño canturreaba una despedida.

Al volver a ponerse en marcha los tibicines se despedían agitando pañuelos y diciendo adiós con la mano, mientras la matrona bigotuda se deshacía en llanto.

Híspala cogió una jarra de agua que estaba en el patio y con decisión se la tiró a Tántalo a la cara.

–¡Espabila! Te necesitamos en plenas facultades, no están las cosas para tontadas –y le llevó estirando de su túnica hasta la estancia donde yacía el especulador.

Tántalo, miraba el espectáculo que se desplegaba frente a sus ojos con estupefacción. Tan solo acertaba a balbucear:

–Pero, pero ¿qué habéis hecho?, ¡qué habéis hecho! –comenzaba a recuperar la cordura sin acabar de comprender la situación.

Indalecia le ayudó a sentarse y afirmó serena.

–Ante ti está Proculus Lascivius, *Carnifex* enviado por Roma. Se nos ha muerto por accidente, aquel que venía a matarte.

Tántalo había recuperado sus facultades mentales abruptamente. Había que solucionar el problema con la máxima celeridad.

–Necesitamos el carro de Pax –concluyó resuelto.

Mandaron a *fellatrix* a buscar a Pax para que trajera el carro, necesitaban sacar de allí con urgencia el cuerpo del interfecto. Marciana echó a correr hacia la villa agrícola y no paró hasta alcanzar la puerta. Al llegar donde el *cubiculum* de Pax, era noche cerrada y estaba todo oscuro y en calma.

–Pax, Pax –murmuró Marciana con angustia, con la cara pegada contra la puerta–, Paaaaaaxx, ¡contesta!

–¿Quién anda?– contestó Pax.

–Ábreme, soy Marciana.

–Vete, déjame pecadora, sabes que no quiero nada contigo.

–Ábreme, tengo que hablar contigo de un suceso, es urgente.

–Deja de gemir en mi puerta, tus suspiros no me excitan, no lo intentes más.

–No son suspiros ¡imbécil!, vengo corriendo y me falta el aliento. Me envía Tántalo, ¡es urgente, necesita tu ayuda!

Pax entreabrió la puerta, asomando un perfil de su cara, mirando a Marciana con un ojo temeroso y escrutador. A Marciana le dio tanta risa que a punto estuvo de darle un lametón para asustarlo, pero finalmente pensó que si cerraba la puerta nunca más conseguiría que volviera a abrirla.

Le explicó lo sucedido y le dijo que necesitaban su carro. Arrearon la mula y Pax la ató al carro y sin más dilación se dirigieron hacia el suburbio del lupanar. Unos chiquillos que los vieron de pasada gritaron:

–¡Ha visto la luz!, ¡Pax, por fin, ha visto la luz!, ¡ha despertado de su ceguera!

Llegaron al lupanar y aparcaron el carro en el patio posterior, mientras, dentro sonaba la música, los cantos de borracho y la acostumbrada algarabía nocturna. Desde las habitaciones salían risas, gemidos y gritos de placer. Pax pensó por un momento que Marciana le había vuelto a engañar, no sería la primera vez que había tenido que huir a la carrera sujetándose la túnica desgarrada. El lupanar continuaba con su alegría

y actividad habitual, ajeno a la tragedia que se desarrollaba en su zona más privada.

Cargaron a Proculus Lascivius envuelto en la misma manta en que yacía; el traslado desde el lupanar a la ciénaga se hizo en riguroso silencio. Al llegar, bajaron del carro el fardo en que iba envuelto el especulador, al caer al suelo con un ruido sordo, todos dieron un respingo y se lo quedaron mirando. El envoltorio del que sobresalían los pies, era una especie de improvisado sudario de pequeño tamaño. Bien hubiera podido ser la mortaja de un muchacho, si no fuera el caso que entre las piernas surgía rebelde el inmenso falo erecto del enviado de Roma.

En aquel trasiego para deshacerse del cadáver del especulador, todos estaban enfrascados en terminar rápido. Cuando Indalecia hizo una observación que nadie esperaba.

—No es justo —dijo—, este hombre no puede atravesar la laguna Estigia sin su correspondiente *laudatio funebris* —miró a Pax con ojos urgentes, atendiendo a su espíritu compasivo.

—Cierto —contestó Pax—. Voy a recitar unas palabras del profeta...

—Que es un romano, ¡joder! —le cortó Híspala, mientras miraba con apremio a Tántalo para que resolviera y pusiera fin a la situación.

Tántalo, con gesto grave, repasó en su mente algunas joyas de la oratoria romana, rebuscando algo apropiado al momento. Finalmente dispuso:

—Híspala, pon en su boca el óbolo para el barquero Caronte. Yo recitaré unos versos de despedida del poeta Marcial que espero hubieran sido de su agrado.

Híspala metió en la boca del especulador unas fichas *Spintriae* del lupanar, una para la *fellatrix*, otra para las gemelas *Diobolaris* y excepcionalmente una para la *Delicatae*. Su espíritu comercial le indicó que Caronte estaría agradecido por ese detalle.

Tántalo bajó la cabeza, carraspeó ligeramente y entornando los ojos recitó con parsimonia:

<i>Non rudis indocta fecit me falce colonus:</i>	<i>No me hizo un inculto colono con su tosca hoz;</i>
<i>Dispensatoris nobile cernis opus.</i>	<i>éste es el trabajo de un maestro de obra.</i>
<i>Nam Caeretani cultor</i>	<i>Pues, siendo el agricultor más rico del campo</i>
<i>ditissimus agri</i>	<i>Ceretano,</i>
<i>Hos Hilarus colles et iuga laeta tenet.</i>	<i>Hílaro es amo de este monte y de su feliz altura.</i>
<i>Aspice, quam certo uidear non ligneus ore</i>	<i>Mira mi perfil bien definido, no parezco un tronco</i>
<i>Nec denota foveis inguinis arma geram,</i>	<i>y cómo mi arma inguinal no está consagrada al</i>
<i>Sed mihi perpetua numquam moritura</i>	<i>fuego,</i>
<i>cupressu</i>	<i>se endereza perpetuo este falo de ciprés, que nunca</i>
<i>Phidiaca rigeat mentula digna manu.</i>	<i>morirá,</i>
<i>Vicini, moneo, sanctum celebrate</i>	<i>digno de la mano del escultor Fidias.</i>
<i>Priapum</i>	<i>A los vecinos, advierto, venerad al santo Príapo</i>
<i>Et bis septenis parcite iugeribus.</i>	<i>y asombraros de sus catorce yugadas.</i>
<i>Marcus Valerius Martialis</i>	<i>Marco Valerio Marcial</i>

(Yugada- Medida de superficie utilizada en la Antigua Roma que equivale a 2.700 m²)

–¡Qué bruto!, ¡joder, Tántalo!, ¡se trataba de mostrar un mínimo respeto!
 –dijo Indalecia con gesto exaltado, mientras Híspala disimulaba una carcajada y Pax no salía de su estupefacción.

El cadáver del especulador terminó en el fondo la ciénaga con cuatro muelas de piedra del monte de Júpiter atadas a los pies.

–Aquí yace Proculus Lascivius –sentenció Tántalo, y sin poderlo evitar volvió a recordar a Procusto “el estirador” y como terminó su malvada existencia de la misma manera que sus víctimas. Siendo capturado por Teseo, que lo acostó en su camastro de hierro y le sometió a la misma tortura que tantas veces él había aplicado.

EPÍLOGO

Sobre si Licinio Sura había consultado previamente con Plinio su opinión sobre una extraña sombra, enjuta y canija, que se le aparecía todas las noches sosteniendo de perfil un enorme falo, no hay evidencias.

*Et mihi discendi et tibi docendi
facultatem otium praebet.*

*Igitur perquam velim scire, esse
phantasmata et habere*

*propriam figuram numenque aliquod
putes an inania*

et vana ex metu nostro imaginem accipere.

*Epistula 7.27 (De Phantasmatibus),
suo Licinius Sura*

C. Plinii Caecilii Secundi

*Se me brinda a mí la oportunidad de aprender y a
ti la de enseñarme.*

*De esta forma, me gustaría muchísimo saber si
crees que los fantasmas existen y tienen*

*forma propia, así como algún tipo de voluntad, o,
al contrario, si son sombras vacías e irreales que
toman forma por efecto de nuestro propio miedo*

*Epístola 7.27 (De Fantasmas),
a Licinio Sura*

Cayo Plinio Cecilio Segundo (Plinio el Joven)

Si Indalecia sabía, o no, su porcentaje de participación en el envenenamiento de la aristocracia romana a base de Azúcar de Saturno, no hay constancia. O si tal vez, como mujer versada en dolencias, se planteó que existía una especie de epidemia melancólico-depresiva entre los romanos acaudalados. O, por el contrario, estaba convencida de que su imbecilidad era de nacimiento, nada se sabe a ciencia cierta. Pero sin lugar a dudas desde esa miserable choza llena de golosinas y delicias, se envenenaba y afectaba de Saturnismo a buena parte del imperio Romano con la más inocente impunidad.

Tántalo subió el Monte de Júpiter con sus pertenencias en un fardo que cargaba a la espalda, emprendía viaje quien sabe hacia dónde. Se sonrió pensando en Léntulo que a aquellas alturas habría despertado en mitad de un largo viaje hacia Alejandría, recorriendo el camino inverso que en su día hizo Pax. No pudo por menos que sentir algo de pesadumbre por los marineros, que tendrían que aguantar su absurda verborrea.

Un mes después de estos hechos, Domiciano fue asesinado por una conspiración que incluyó a su propia esposa Domicia. A la muerte de Domiciano pesó sobre él una “*Damnatio Memoriae*” (condena de su memoria). La “*Destrucción de su Recuerdo*” se hizo efectiva, mediante la demolición de sus efigies y la eliminación de sus retratos, incluso de las monedas que lo tuvieran (se da el caso curioso que existen monedas con la figura de Domiciano borrada, pero con la imagen intacta de la emperatriz Domicia). El edicto de Domiciano estuvo en vigor durante 188 años, hasta que el emperador Probo lo revocó en el año 280.

Casi diecinueve siglos después, en 1925 un obrero sindicado en la Confederación Nacional del Trabajo, que excavaba a pico la zona dónde se cimentaría el edificio de la Casa de Correos y Telégrafos de Barcelona, estampó la herramienta en el frontal de un antiguo cráneo femenino de mandíbula desdentada. Junto al hallazgo encontró cinco monedas de oro que disimuladamente guardó en su bolsillo. Al llegar a su casa de la Calle de la Cera, las sacó del bolsillo y se puso a limpiarlas, en ellas pudo leer IMP CAES DOMIT AVG GERM P M TR P V y en su cara posterior aparecía una diosa guerrera con escudo y lanza... si esos áureos son parte de esta historia, nunca llegará a saberse.

Nuestro agradecimiento a:

“El Lokal” por ser motor de autogestión de los vecinos del chino, alentando y haciendo posible éste y tantos otros proyectos con los que alimentamos y divulgamos nuestro espíritu rebelde.

A la “Unión Simbiótica de Barcelona” (USB), por okupar las dependencias de la Facultad de Geografía e Historia del Raval, en cuyas instalaciones se ha gestado este texto. Al Punk, sin cuya filosofía “Hazlo tú mismo” tantas cosas no serían viables.

A las putas indignadas, a la multirraciedad que da color a nuestro barrio, al top-manta, a todos los excluidos sociales... que definían, definen y definirán los barrios marginales.

A la gente de la “Asamblea del Raval”, a los creadores de “Historias del Raval”, por su consejo, contribuciones y por hacer de la historia un objeto de interés vecinal.

A Miki de BBvino, por su fina crítica estilística y gramatical. A Sergi y Antonio por regalarnos sus conocimientos, a Nuria y Tere por su primera percepción. A Leandro y al Maki, fuente de inspiración de toda taberna, a todas las taberneras y a Eva como tabernera primigenia.

A Toñin “El Morales”, por llenar nuestras copas y por poner a prueba nuestros nervios con sus ocurrencias, consiguiendo que alguna de sus locuras saltara nuestros filtros, para formar parte en esta historia. A Olga, Fabre y Germán, por lo que ya sabéis.

A la calidad, difusión y accesibilidad de la carta arqueológica de Barcelona realizada por el Servei d'Arqueologia de l'ICUB. A todos aquellos que profesionalmente se dedican a la arqueología y particularmente a los investigadores en nuestra ciudad. Sin la calidad científica de sus artículos, en los que nos hemos documentado, intentar mantener el rigor histórico hubiera sido imposible. Esperamos que sabrán disculpar nuestras licencias con una sonrisa.

Especialmente a los arqueólogos Javier Fierro y Alvar Caixal por dedicarnos su tiempo y su conocimiento experto en la primera lectura del texto a la búsqueda y caza de gazapos.

Todos vosotros sois parte de nuestro "Jugueteillo canalla". Barcino pan y Vino, la historia que nunca sucedió.

O, quien sabe, tal vez sí.

Fuentes históricas: Suetonio, Juvenal, Marcial y Plinio el joven (contemporáneos del año 96)

Isabel Pellejero Usón • Eduard Musulén Palet

el
LOKAL

*El Raval, Barcelona
septiembre 2019*